
HISTORIA y VIDA
BARCELONA - MADRID
AÑO II- NUMERO 14- 30 PTAS.
TODA LA VERDAD SOBRE LAS ULTIMAS HORAS DE
MUSSOLINI



Día 22 de abril de 1945: Mussolini, enmarcado por Pavolini, Porta, Colombo y algunos de sus últimos fieles, aparece (sigue página siguiente)

LA HUIDA HACIA LA MUERTE

MUSSOLINI:

Examinando, uno por uno, todos los testimonios de fascistas y partisanos, Paolo Monelli ha escrito la crónica más documentada y completa sobre los últimos días de Mussolini, revelando hechos retrospectivos y detalles hasta hoy inéditos. He aquí el relato de los diez días que presenciaron el hundimiento del nazifascismo en Italia.

PARECE cierto que, entre febrero y marzo de 1945, Mussolini efectuó un tercer viaje a Alemania, además de los de abril y julio de 1944, viaje que los cronistas siempre han ignorado. Llegó en tren a un apeadero situado más allá de Munich, reunióse con Hitler, que acababa de llegar de su cuartel general, y partieron los dos en automóvil hacia una meta desconocida. Al día siguiente, por la mañana, Mussolini regresó a su tren satisfecho, risueño incluso, y dijo a los miembros de su reducidísimo séquito, entre los que se contaba Fortunato Albonetti, el jefe de su guardia personal:

—He visto cosas que estremecerán al mundo y cambiarán en pocos días la marcha de la guerra.

Más tarde, a su regreso a Gargnano, gritó a los soldados que montaban guardia alrededor de la que sería su última residencia:

—¡Resistid, muchachos! ¡Ya tenemos la guerra ganada!

Esta última ilusión duró poco. Los angloamericanos empezaban ya a descender desde los pasos de los Apeninos hacia la llanura del Po, el Tercer Ejército americano ocupaba Colonia y Coblenza, junto al Rin, y lanzaba paracaidistas más allá de las vanguardias, y la certeza de la inminente victoria permitía a los londinenses soportar con frío estoicismo la lluvia diaria de las V-2, gigantescos cohetes que viajaban a velocidad superior a la del sonido y se abatían sobre la ciudad desde cien kilómetros de altura, causando vastas destrucciones. Meras bagatelas al lado de lo que serían aquellas fantásticas bombas destructoras que, probablemente, fueron enseñadas a Mussolini aquel día de marzo y en



fachendoso, en el patio del Palazzo Monforte, sede de la Prefectura milanesa. Le quedan sólo seis días de vida

DE MILAN A DONGO

las que él creyó hasta el final. Así habló de ellas el periodista G. G. Cabella, el 21 de abril, en Milán:

—Las famosas bombas destructoras están a punto de quedar dispuestas para entrar en acción. Precisamente hace muy pocos días que he tenido noticias de ellas. Al parecer, hay tres .y son de unos efectos asombrosos.

A pesar de estos fugaces destellos de optimismo desesperado, Mussolini veía ya acercarse el final con la serena calma del que se halla a la merced de unos acontecimientos contra los que no puede oponerse. La alemana Madeleine Mollier, que fue a fotografiarlo en Gargnano a finales de marzo, dio de él unas imágenes alarmantes. Parecía un preso, con la cabeza rapada, la camisa sin cuello, una expresión humilde y paciente en el rostro mal rasurado y los ojos apagados con breves intervalos febriles.

—Estoy acabado —dijo Mussolini, con calma—. Mi estrella ha caído y espero el final de una tragedia de la que no me considero ya autor, sino el último espectador, aislado de todos.

Poco antes le había hecho una inesperada confesión:

—No pierda su tiempo con un fantasma. Soy yo el responsable, tanto de las cosas bien hechas que el mundo jamás podrá desmentir, como de mis debilidades y de mi decadencia. Siempre ha sido acertado mi primer impulso ante las personas y las cosas, y cuando lo he seguido nunca he dejado de dar en el clavo. Pero cuando quería razonar, la intuición se veía oscurecida por sospechas, reticencias y temor por un lado, y ambiciones, pasiones y celos, por el otro, y siempre acababa engañándome.

Seguía ocupándose, en su aislamiento, de la administración rutinaria, empleando no poco tiempo en leer los periódicos y señalarlos con trazos rojos y azules, haciendo imprimir en los diarios, bajo el título de *Corrispondenza repubblicana* y varias veces al mes, sus comentarios anónimos, polémicos, irónicos o mordaces en su intención, sobre los personajes y acontecimientos del momento. Cuando Tamburini, jefe de la policía, le describió su minucioso plan para sustraerlo a la captura mediante un sumergible gigantesco, de enorme autonomía, que había hecho proyectar en Cosulich, pero cuya construcción ni siquiera había comenzado, o bien con otro aparato volador, también enorme, que lo trasladaría lo más lejos posible, a Polinesia, Patagonia o el Gran Chaco, escuchó sonriendo tales fantasías y murmuró: «¡Verne!» Sin em-

bargo, discutía apasionadamente acerca de proyectos debidos a otros y en los que se hablaba de resistencia a ultranza, de reductos que serían defendidos hasta morir, y de combates casa por casa. Tales eran los planes desesperados de los más fanáticos entre sus secuaces, los que querían convertir a Milán en el Stalingrado de Italia, o en el Alcázar del fascismo, como decía Barracu. Es posible que tales designios flotasen ya en la mente de Mussolini cuando éste proclamó el 16 de diciembre del año 1944, en el Teatro Lírico de Milán: «Queremos defender con las uñas y los dientes el valle del Po».

«¿Desde cuándo te gustan los valses?»

Estas altisonantes intenciones alarmaron al cardenal Schuster, quien, en una carta fechada el 13 de febrero de 1945, suplicóle que desistiera de ellas: «Me consta que se están haciendo toda clase de preparativos para que, en un momento de suprema emergencia, se organice una resistencia desesperada en la ciudad de Milán. Si hay quien desea combatir, háganlo fuera de la metrópoli». Un mes después, Mussolini envió a su hijo Vittorio a visitar al cardenal para entregarle una carta que decía: «Si los acontecimientos obligasen al mariscal Kesselring a replegarse dentro de sus propias fronteras, entonces las fuerzas armadas de la República Social Italiana de todas las especialidades se concentrarían en una localidad elegida de antemano, donde opondrían la más enérgica resistencia contra el enemigo y las fuerzas del desorden y del Gobierno real, conscientes de que el odio antifascista no les permite otra salida que no sea la de combatir hasta el último hombre y la última bala». No era una respuesta demasiado tranquilizadora para el arzobispo, pero vistos retrospectivamente los acontecimientos, es evidente que Mussolini no pensaba ya, en un Milán convertido en Alcázar de Toledo del fascismo, sino que la «localidad elegida de antemano» era ya aquel reducto de la Valtellina que se convertiría en las últimas semanas, e incluso en los últimos días, en insistente e inútil obsesión.

Seguía cambiando ministros y subsecretarios, así como directores de periódicos, pero después confesó a uno de sus fieles que aquellos cambios no servían para nada, ya que sustituía a uno que tenía ganas de desertar por otro que ansiaba efectuar un doble juego, que todos se disponían a abandonarlo a su suerte y que ya se estaba creando un vacío a su alrededor.

El 17 o el 18 de abril, Mussolini salió para Milán. Su esposa Raquel, en su primer libro de Memorias, *La mia vita con Benito*, publicado en 1948, escribió con fecha de 17 de abril: «Hoy, Mussolini se ha marchado de Gargnano acompañado por un reducido séquito. Me ha hablado vagamente de las decisiones de cierta gravedad que deberá tomar en Milán, pronunciando el nombre del cardenal Schuster». En su otro libro, publicado en 1957 con el título *Benito, il mió uomo*, asegura haberlo visto por última vez en la villa Feltrinelli, a primeras horas de la tarde del 18 de abril. «Se hallaba ante el automóvil que le esperaba para llevarlo a Milán. Pocos minutos antes, al atravesar la antecámara, se había desviado hacia el salón donde Romano estaba tocando el *Danubio azul* al piano. "¿Desde cuándo te gustan los valses?", le preguntó, acercándose a él y dándole una palmada en la espalda.» Su hermana Edvige asegura en su libro *Mió fratello Benito* que el día 17 la llamó a su lado, le expuso la situación en términos breves y exactos y le dijo que partía con los suyos hacia Milán, donde se le había convocado inesperadamente, al parecer para reunirse con el cardenal Schuster y los representantes del Comité de Liberación Nacional. «Si aún existe una mínima posibilidad de efectuar sin sangre y sin deshonor el traspaso de poderes, conviene buscarla.»

También Amicucci escribe en su obra *I seicento giorni di Mussolini:* «Mussolini llegó a Milán la tarde del 17 de abril, alrededor de las siete. Le acompañaban Zerbino, ministro de Asuntos Exteriores; Gatti, su secretario particular, etc.». Amicucci era el director del *Corriere della Sera* y debía conocer bien las fechas. En las *Opera Oinnia di Benito Mussolini*, vol. .XXXII, con fecha de 18 de abril se relata una conversación que al parecer sostuvo aquella mañana en la mansión de las ursulinas de Gargnano con el prefecto Gioacchino Nicoletti, al que no comunicó su intención de partir poco después hacia Milán. Hablando de la situación, le dijo que ya no podía hacerse nada. «Todo ha terminado, los alemanes siempre pierden una hora, una batalla, una idea. Poseen las armas secretas, pero ¿a qué esperan para utilizarlas?» Le reveló también que después de la conversación que, al llegar a Italia procedente de Campo Imperatore, sostuvo con Hitler, éste hizo un aparte con él para decirle: «O usted asume la dirección del Estado italiano, o mandaré funcionarios alemanes para que gobiernen a Italia». «No se me dejó alternativa. Pero después me han relegado aquí, en este *cul-de-sac* de Gargnano, donde sólo se llega por una carretera vigilada por los SS. Aquí no veo prácticamente a nadie, y se me controla hasta la respiración.»

Por lo menos en este caso, la fecha del 18 no ofrece lugar a dudas, puesto que se desprende del relato que, acerca de este encuentro, publicó Nicoletti en un número del *Corriere di Informazione* del año 1948. He consultado también los periódicos de aquellos días, pero como de costumbre nada sabían acerca de los movimientos de Mussolini, «secreto de guerra». Esta discordancia por parte de los propios testigos oculares es sólo uno de los muchos indicios de la incertidumbre y de la poca credibilidad que merecen fechas y acontecimientos tal como han sido expuestos por los muchos que han escrito acerca de ellos, por lo que todavía hoy, casi treinta años después, resulta extraordinariamente difícil reconstruir la verdad de los hechos en todo lo que hizo o habló Mussolini en los últimos diez o doce días de su vida.

¿Decembrizzare Milano?

Dejando aparte los recuerdos de sus familiares, de los que es preciso servirse con gran cautela, creo poder afirmar que, al partir hacia Milán, Mussolini no tenía ninguna idea concreta acerca de lo que había de hacer o decidir. Su único motivo auténtico debió de ser el de alejarse por fin de Gargnano, «prisión fúnebre y hostil», con el embajador Rudolf Rahn y el general de los SS Karl Wolff demasiado cercanos a él, bajo la asidua vigilancia de los centinelas alemanes, en la deprimente atmósfera del lago y siempre con aquella sensación de aislamiento que se había creado a su alrededor (eran muy pocos los que le visitaban entonces, cuando tan numerosos habían sido en los meses precedentes). Tal es el estado de ánimo expuesto ante el prefecto Nicoletti.

Es probable que, en un momento de euforia, hubiese dicho a alguien que era preciso «decembrizzare Milano», con la ilusión de poder volver a crear las condiciones de la visita que hizo a la ciudad, con permiso de los superiores, el 16 de diciembre del año anterior, y en el transcurso de la cual provocó una anacrónica y absurda llamarada de devoción que lo aturdió y excitó, por lo que, al dirigirse al pueblo en el Teatro Lírico, anunció con certeza la inminente victoria. Mas si en el mes de diciembre habían bastado treinta o cuarenta mil fanáticos para



E! fervor fanático de algunos de los miembros de las brigadas negras queda fielmente reflejado en esta foto. Sin embargo, en el último momento, so pretexto de que el Duce les dispensaba de su juramento de fidelidad, las brigadas negras también le abandonaron ante los partisanos

darle la impresión de toda una ciudad agrupada junto a él, en aquel abril de 1945 Milán era una ciudad inquieta y atemorizada, pues cada mañana, a través de los partes de guerra alemanes, los ciudadanos recibían noticias cada vez más luctuosas: el frente alemán se estaba hundiendo, el Octavo Ejército británico avanzaba junto al Adriático en dirección a Ferrara, y la X División americana estaba completando ya el cerco de Bolonia. Por si esto fuese poco, de vez en cuando volaban aviones enemigos sobre la ciudad, a muy baja altura, y ametrallaban el casco urbano.

Es verdad que encontró en Milán tanta gente como podía esperar en la Prefectura donde se albergaba, demasiada incluso puesto que en el patio, en las escaleras, en la antecámara e incluso en su propio despacho reunióse una muchedumbre que le rodeaba aturdiéndolo: jerarcas fanáticos, funcionarios desorientados, clérigos atemorizados, actuando todos ellos como nuevos carceleros para el visitante. Este se defendía de ellos, expulsando a todos, de vez en cuando, de su gabinete y dedicándose, una vez a solas, a revisar los periódicos,

a escribir el último artículo para la *Corrispondenza repubblicana*, o bien a leer a Platón o a un tedioso poeta romántico alemán llamado Morike (abismado en cuya lectura sorprendióle precisamente el embajador Rahn el 19 de abril).

Los escritos de sus últimos leales lo retratan activísimo como de costumbre, lúcido ante su mesa de trabajo o en conversación con sus ministros, pero son más dignos de crédito los testimonios que nos lo describen titubeante, abúlico o disparatado, y siempre reservado y deprimido. Ni siquiera los más adictos a él pudieron dejar de notar las frecuentes incoherencias en sus palabras o ideas, que ellos achacaban a la falta de descanso y de alimento. Vanni Teodorani, esposo de una de sus sobrinas, ha escrito que en aquellos días «los razonamientos de Mussoliní eran muy personales y no resultaban demasiado comprensibles para quien discurriese normalmente».

Siempre con la ilusión de volver a hallar a su público, una multitud adicta, vociferante y ardiente, apenas llegado dispuso que el día 21 hablaría a los milaneses desde el Teatro Lírico,

después da una ceremonia en Duomo en conmemoración de 1< caídos. Pero el día 20, por la mí ñaña, enteróse de que Boloni había sido ocupada ya por le angloamericanos y comprendí que no era momento de móvil zar a una ciudad que ya no respondería a su llamamiento. Po la tarde, «taciturno, triste, preocupado como nunca había esta do hasta entonces» (Amicucci) se hizo proyectar la película d las jornadas de Milán durante el último diciembre, muerta se cuela de fotografías con el irrevocable engaño de un pueble afectuoso y enardecido a su al rededor.

Y como mísera sustitución de fallido triunfo en el Teatro Lírico, a la mañana siguiente tuve que contentarse con los gritos de «duce, duce» proferidos por un grupo de jóvenes fascistas reunidos en el patio de la prefectura, hasta que se asomó a una ventana y «visiblemente emocionado, les hizo un gesto con la mano para indicarles que bajaba para salir a su encuentro». Una vez en el patio, les anunció que se estaban tomando «decisiones importantísimas» y que «las próximas horas podrían decidir la suerte de la

guerra», añadiendo: «Es posible que el Po se convierta en campo de batalla. Hay que saber resistir». Una jovencita salió corriendo de las filas y lo abrazó.

El plan de resistencia a ultranza en la Vaitellina

Había hablado del Po a aquellos jóvenes, pero en realidad parece ser que sus últimas esperanzas se aferraban a una resistencia desesperada en un reducto en la Vaitellina. Estaba elaborando aquella idea desde hacía meses, aunque el primero en pensar en una defensa encarnizada en el valle del Adda había sido Pavolini, el creador de las brigadas negras. Ya desde el mes de marzo se había nombrado comandante militar de aquella zona al general Onorio Onori, con la misión de concentrar, poco a poco, hombres y suministros en el valle. Al igual que para la consigna de Milán, Stalingrado italiana, Mussolini se había entusiasmado en seguida con el descabellado proyecto de la Vaitellina, y su fantasía le permitía ver aquel último jirón de Italia convertido en fortaleza inexpugnable en conexión con un reducto alpino alemán en Baviera (en el que los alemanes no habían pensado jamás y que, en todo caso, nunca habrían situado en el extremo noroeste del Alto Adigio).

A mediado de abril convocó para una reunión en Gargnano a Rahn, Wolff, Graziani, el general Vietinghoff, comandanta de las tropas alemanas en Italia, a Pavolini y a otros alemanes e italianos, entre éstos a Filippo Anfuso, que después describió la entrevista en su *Roma Berlin-Saló*. Mussolini expuso a los reunidos cuanto se había preparado ya en la Vaitellina (prácticamente nada), dijo que varios contingentes de las brigadas negras habían sido enviados ya a Sondrio (noticia por lo menos prematura), y solicitó a los generales alemanes su aprobación para su proyecto de una defensa común italogermánica en el valle. «Los generales alemanes —escribe Anfuso—, que estudiaban ya las condiciones de rendición estipuladas con los angloamericanos, no opusieron grandes objeciones al proyecto, calculando que sería superfluo oponerse y suscitar unas discusiones, tan inútiles como tempestuosas, con Mussolini y los italianos.»

El reducto de la Vaitellina era ya el motivo dominante cada vez que Mussolini pensaba en el inmediato futuro. El 21 de abril, al recibir a varios directores de periódicos milaneses, después de haber profetizado: «Esta guerra no terminará nunca; antes de



Mussolini fotografiado en Saló. Le acompañan su guardia de corps, Fortunato Albonetti, y tres de los oficiales SS puestos a su disposición por los alemanes para protegerlo.
En realidad, el Duce fue su prisionero y ningún SS movió un dedo por él al ser detenido en Dongo.

volver a conocer la paz todos tendremos la barba blanca y así de larga», anunció: «Nos retiraremos a la Vaitellina, en colaboración con el reducto germánico de Baviera, y allí resistiremos».

Ahora bien, este reducto de Vaitellina jamás llegó a existir, nunca se hizo el menor preparativo para la defensa en el valle, y en ningún momento se procedió a la creación de depósitos de víveres o de municiones. Muchas veces, el propio Mussolini había dado órdenes apremiantes, disponiendo obras en la roca viva, defensas y trincheras, y pretendiendo asimismo transportar todo lo que fuese necesario para crear un periódico («También en la Vaitellina trabajaré, y me sentaré ante mi mesa como aquí, en Milán», había dicho a Cabella), pero a estas directrices suyas no las seguía cumplimiento alguno de las mismas, ni él se preocupaba de informarse acerca de sus progresos. Por lo tanto, nunca llegaron al alto valle del Adda los hombres y los materiales de cuyo transporte tanto se hablaba. Durante la mañana del mismo día 21, Pavolini aseguró a su jefe que había movilizado a las brigadas negras del Véneto, de Emilia y de Liguria, y que éstas se concentrarían en Como durante los próximos días, preparadas para trasladarse a Sondrio con unos efectivos de veinticinco a cincuenta mil hombres. (Sin embargo, el camino más recto y seguro de Milán a Como era el de Lecco.) Y a Mussolini, alentado por estas noticias, no se le

ocurrió preguntar si no era ya un poco tarde.

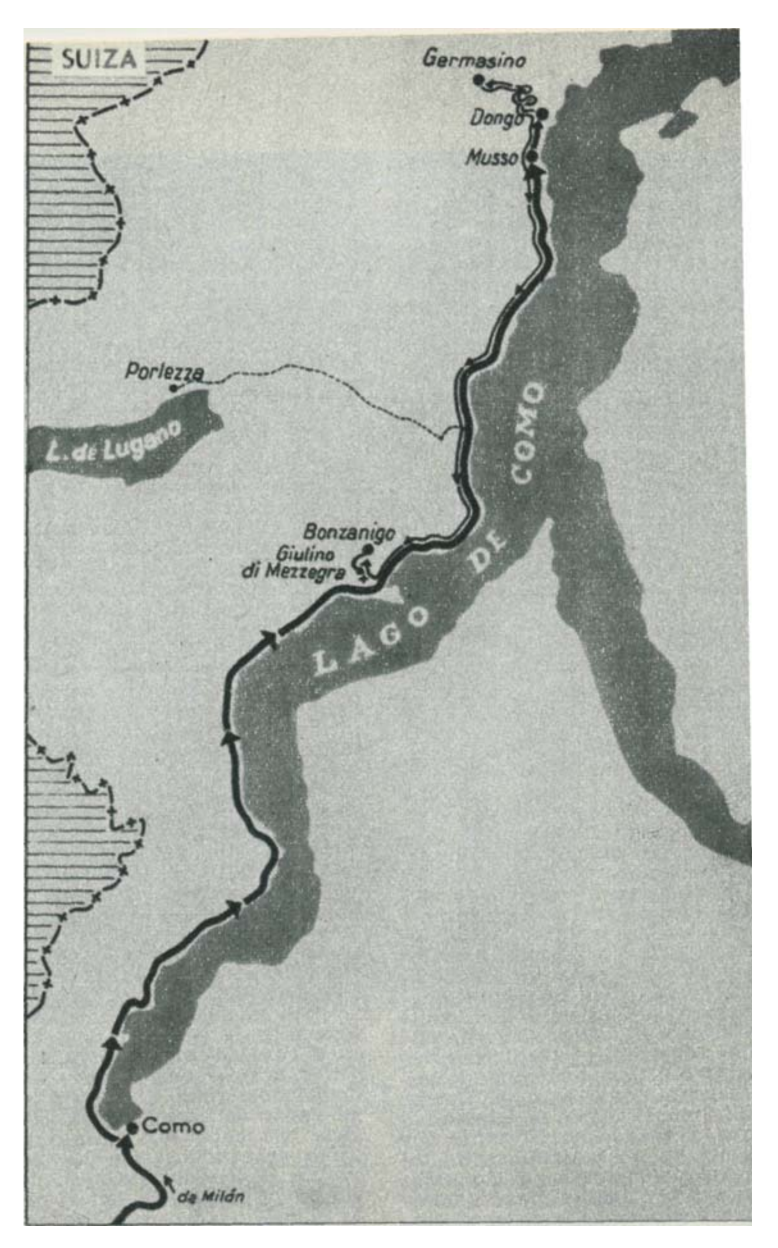
Los angloamericanos en Parma

El 23 de abril, un día húmedo y tenebroso —los angloamericanos habían llegado ya a Parma y sus vanguardias habían alcanzado el valle del Po—, su médico alemán, el profesor Georg Zachariae, que Hitler había puesto a su lado a finales de octubre de 1943, y con el que Mussolini solía en Gargnano sostener largas conversaciones, o mejor dicho monólogos *de omi re scibili*, anotó en su diario que su paciente estaba más abatido que de costumbre y que empezaba a tener aversión a la gente. Y el alemán señaló con pesadumbre que en aquellos días casi le evitaba a él, o bien le escuchaba con aburrimiento.

Acaso en aquel mediodía del 23, Mussolini pensaba si no habría cometido un error al abandonar el tranquilo refugio del lago, donde no había tanta gente histérica a su alrededor y se podía contar con la presencia de soldados alemanes, a los que él creía todavía capaces de solventar cualquier situación desesperada. Al regresar a Pasano el 20 de abril, el embajador Rahn había rogado al doctor Zachariae que tratase de convencer a Mussolini para que abandonase Milán lo antes posible. El médico le habló de ello al día siguiente, aconsejándole que regresara a Gargnano y que desde allí tratase de trasladarse a España en avión, o bien que intentase con él la huida a Suiza. Escribe el médico, en su libro *Mussolini si confessa*, que Mussolini se conmovió ante su interés, pero dijo que en la hora suprema no se veía con ánimos para abandonar a sus camaradas que le suplicaban seguridad y salvación. Lo ¿cierto es que, a primeras horas de aquella tarde, experimentando más angustia y opresión que nunca, decidió de pronto plantarlo todo, incluso a sus devotos camaradas, llamó a su esposa, que se había quedado en Gargnano con sus hijos menores, y le anunció que se disponía a partir para llegar a su casa a última hora de la tarde.

Pero repentinamente cambió de parecer, dejándose llevar tal vez por una curiosa sensación de calma que se había extendido por la ciudad y hasta en la misma prefectura, fruto probablemente de la fatiga y del fatalismo, como ha descrito Amicucci. Poco después telefoneó a su mujer que había cambiado de idea y que había dispuesto que ella fuese trasladada, junto con sus hijos, a Monza.

Quiso entonces hacer una última mala pasada al gobierno del sur, y mandó decir a Cario



El itinerario recorrido por Mussolini en su huida hacia la muerte. El nombre de Dongo parecía encerrar un presagio funesto. Mussolini se firmó Fabrizio del Dongo —como el admirado protagonista de la stendhaliana «Cartuja de Parma»— en algunos de sus artículos periodísticos.

Silvestri que, puesto que la sucesión quedaba abierta, él deseaba entregar la República Social a los republicanos y no a los monárquicos, y la socialización a los socialistas y no a los burgueses, oferta que sería rechazada por el secretario del partido socialista Pertini, miembro del C.L.N., quien no quiso saber nada de una proposición que llegaba demasiado tarde *(timeo Danaos et dona ferentes)*.

Reconstruir una Italia poderosa

La jornada del 24 volvió a transcurrir con Mussolini explicando a todo el que quería escucharle, con voz queda y monótona, como si no se consideras* ya de este mundo, quiméricos propósitos de una hermosa muerte en el campo de batalla, repitiendo las palabras pronunciadas el 23 de marzo en Brescia ante la concentración de las milicias: «Si la patria está perdida, es inútil vivir».

Al atardecer, recibió un delirante mensaje de Hitler: «La lucha para ser o no ser ha llegado a su punto culminante. Utilizando grandes masas de hombres y material, el bolchevismo y el judaismo se han empleado a fondo para reunir sobre territorio alemán sus fuerzas destructivas, con el fin de precipitar nuestro continente en el caos. Sin embargo, con absoluto desprecio de la muerte, el pueblo alemán y todos los que

están animados por el mismo espíritu acudirán en su auxilio, por dura que sea la lucha, y con sin par heroísmo harán cambiar el curso de la guerra en este momento histórico en que se deciden los destinos de toda Europa para los siglos venideros».

Acaso por primera vez, estas palabras desaforadas dejaron indiferente a Mussolini, quien se limitó a ordenar que fuesen publicadas en la prensa de la mañana siguiente. Presionado por los ministros, los jerarcas, los periodistas y los militantes más belicosos, pronunció parrafadas incoherentes, como por ejemplo al decirle a Bruno Spampanato que él ya no podía dar órdenes, pero sí indicar el camino a seguir. «Sea como fuere, es preciso reconstruir una Italia poderosa. La revolución social no es asunto para pueblos sedentarios o para naciones miserables; toda revolución social necesita espacio, influencia y riqueza. Esta es la modificación que el fascismo ha introducido en el socialismo, reducido por otra parte a una revolución sobre el papel.» Y a Asvero Gravelli: «¡Pensad, pensad en los viñedos del valle del Po destruidos y arrasados por los tanques!»

Aquel mismo día 24, a primera hora de la tarde, el industrial Gian Riccardo Celia, a través de amistades comunes, habló con el abogado Achille Marazza, perteneciente al Comité Nacional de Liberación, y le dijo que Mussolini pretendía ponerse en contacto con el general Raffaele Cardona, jefe del Cuerpo de Voluntarios de la Libertad, y que, pensando en la suerte que esperaba a las familias de los jerarcas, se proponía que éstas fuesen reunidas en Várese, mientras las milicias fascistas se concentraban en Valtellina para entregarse a los aliados. Marazza le dijo que existía la posibilidad de una entrevista con Cadorna, pero que Mussolini debería tratar en especial con el Comité de Liberación Nacional, el único competente en el aspecto político. Al proponerle Celia una reunión en su casa, Marazza respondió que el Arzobispado era el único lugar neutral adecuado para un encuentro semejante.

Mussolini y el arzobispo Schuster

Al día siguiente, alrededor de las tres de la tarde, Marazza se dirigió al Arzobispado para conocer la marcha de las negociaciones con los alemanes. Estaba hablando con el padre Bicchierai, que se ocupaba de este asunto, cuando vio que el cardenal salía agitadísimo de su despacho, anunciando que Mussolini llegaría al Arzobispado dentro de un cuarto de hora. Seguidamente, puso a disposición de Marazza su automóvil para buscar a Cadorna y traerlo inmediatamente allí.

Mussolini llegó al Arzobispado poco después de las cinco del 25 de abril, acompañado por el prefecto Bassi, los subsecretarios Zerbino y Barracu, Celia y otros, junto con el teniente de las SS Fritz Birzer, que había partido de Gargnano con un destacamento de unos treinta hombres de las SS y la SD como escolta de Mussolini, con la orden de seguirlo en todos sus desplazamientos y como responsable de su seguiridad personal. Al ver que su protegido iba a salir sin avisar su destino, sospechando una fuga, en el momento en que el coche iba a cruzar el portal de la prefectura, abrió la puerta y entró por la fuerza, hasta el punto de que llegó a sentarse sobre las rodillas de Mussolini.

En la obra *Gli ultimi tempi di un regime*, el cardenal ha descrito minuciosamente su encuentro con el jefe del régimen. «Entró en la sala de audiencias con el rostro tan desencajado, que me dio la impresión de un hombre casi embrutecido por su cruel desventura. Le saludé con caridad episcopal y, mientras esperaba la llegada de las personas por él convocadas, traté de animarle, iniciando un poco de conversación.» Para alentar como fuese al desdichado, recordóle el declive de Napoleón, lo que le reanimó un tanto al verse parangonado con semejante personaje. Al verle tan deprimido, el cardenal insistió para que, por lo menos, tomase algo, persuadiéndole para que aceptase un vasito de vino generoso con unos bizcochos. «Le hice compañía, pensando en aquellos momentos en las instrucciones que, a este respecto, dio San Beneito a los abades para cuando acogieran a un huésped en sus monasterios. Es lo mismo que él debió de hacer cuando recibió al rey Totila en Montecassino.»

Supongo que en aquellos momentos el docto prelado pensaba que el rey godo se había enfrentado a su desventura con un porte muy distinto, revistiéndose para la última batalla con una armadura recamada de oro antes de caer en el campo de batalla atravesado por una flecha. Pero el hombre que se hallaba junto a él le parecía muy diferente, y la resolución que le explicó referente a retirarse a la Valtellina con un destacamento de tres mil camisas negras parecióle mucho menos heroica.

—¿Tiene usted la intención de continuar la guerra en las montañas? —preguntó el cardenal.

—¡Oh, no! Sólo por poco tiempo; después me rendirá —respondióle Mussolini.

La conversación languideció y el cardenal vio que su visitante se mostraba extraordinariamente taciturno. Con voz de penitente, confió al cardenal que cuando estaba preso en la Maddalena un buen sacerdote se había propuesto devolverle a la práctica de la vida religiosa. Todo marchaba bien y había decidido asistir a la Santa Misa precisamente el día en que lo habían sacado de allí. El cardenal exhortóle entonces a considerar su calvario como la expiación de sus faltas ante un Dios justo y misericordioso. Mussolini se conmovió, estrechóle con devoción la mano y estuvo a punto de echarse a llorar. La conversación se prolongó durante largo rato, puesto que Cadorna y Marazza tardaron en llegar. Mussolini habló sobre diversos temas, pero sin calor, con el tono apagado del «hombre sin fuerza de voluntad que sale al encuentro de su destino sin reacción alguna por su parte».

El cardenal había hecho preparar para Mussolini una habitación en el Arzobispado, en la que podría pasar la noche como prisionero de guerra, «con las acostumbradas garantías internacionales ratificadas por el Eje», una vez terminada la reunión con el C.L.N. Tal hubiese podido ser el final de la aventura para aquel hombre, ya ajeno a los acontecimientos como él mismo decía, sustraído al peligro de ser condenado a muerte por un tribunal popular, como deseaban Sandro Pertini y los miembros más exaltados del Comité de Liberación, honorable prisionero en el Arzobispado hasta la llegada de los aliados, a los que hubiese sido entregado. Probablemente, éstos no hubiesen mostrado a su respecto un particular deseo de venganza, sobre todo al parangonar a ese tirano pequeño burgués con su compinche y maestro, mucho más resuelto, cruel y funesto, Hitler, el inventor del genocidio. Acaso lo hubiesen entregado a los tribunales de justicia de su país, tras un período adecuado en espera de que remitieran los primeros furores, y quién sabe si no se habrían realizado las paradójicas profecías de Leo Longanesi: «Dentro de unos años volvereremos a verle en las redacciones de los periódicos, viejo y achacoso; hablará sin cesar de los tiempos en que él era omnipotente y nosotros le daremos unas palmadas en la espalda, diciéndole que ya nos fastidió bastante en aquellos tiempos y que se contente con sus recuerdos...»

Hasta las seis no pudo localizar a Cardona, pero antes Marazza había conseguido de los miembros del Comité de Liberación la autorización para tratar. Entre estos miembros se contaba el ingeniero Riccardo Lombardi, al que rogó que asistiera también a la entrevista.

Al llegar ante la puerta del Arzobispado, advirtieron que estaba vigilada por dos gigantescos SS, con una expresión tan deci-



Una antigua foto familiar en la que aparecen junto al Duce, de izquierda a derecha, la mujer de su hijo Vittorio; su esposa, Rachele; sus hijos Romano y Vittorio; dos desconocidos —que aparecen flanqueándole—; Bruno Mussolini, su esposa, Gina, y Anna Maria Mussolini. Los pequeños son sus nietos Guido y Marina, hijos de Vittorio y Bruno, respectivamente

dida y feroz que juzgaron más prudente entrar por la puerta posterior. Atravesaron el patio repleto de hombres con uniformes alemanes y fascistas, de automóviles erizados de ametralladoras, y de un gran gentío que había acudido alli apenas se supo que Mussolini había ido a entrevistarse con el cardenal. Había individuos armados incluso en las escaleras y en el apartamento del cardenal, y los tres atravesaron aquel cordón de centinelas con una orgullosa sensación de triunfo. «Era la primera vez —me contó un día Marazza, evocando aquel momento— que la Resistencia se enfrentaba cara a cara con sus adversarios.» También estaba llena la antecámara del despacho de Schuster, y entre otros esperaban, ansiosos y excitados, Zerbino, Barracu, el prefecto Bassi y el mariscal Graziani.

Se les hizo pasar al despacho donde el cardenal y Mussolini esperaban desde hacía casi tres horas; era una sala con las paredes tapizadas en damasco rojo, triste y severa con sus muebles ochocentistas. El cardenal salió a su encuentro con toda cordialidad: detrás de él, Mussolini se había levantado del sofá con una actitud que a Maraz^za le pareció extrañamente obsequiosa. Marazza presentó a Lombardi y Cadorna al cardenal y, a su vez, éste hizo un gesto como disponiéndose a presentar a Mussolini, que tendía impaciente la mano. «No puedo decir que estrechamos nuestras manos —me dijo Cadorna—, sólo se tocaron y noté una cosa blanda e inerte.» Y me describió a Mussolini como «un hombre con el uniforme de cabo del ejército, arrugado y desaliñado como si hubiese dormido varias noches sin quitárselo, con unas botas con los tacones desgastados; su obesidad era más bien una hinchazón enfermiza, y su rostro amarillento estaba surcado por arrugas entre las cuales me pareció distinguir sombras oscuras».

Se sentaron formando círculo, con el cardenal y Mussolini sentados en los dos extremos del sofá colocado en la parte opuesta a la puerta de entrada, ante una mesa ovalada en la que había quedado un vasito de vino y un plato con unos bizcochos. Ante ellos, al otro lado de la mesa, se acomodaron Cadorna, Marazza y Lombardi. Tras un silencio embarazoso, Mussolini volvióse hacia Cadorna, pero éste le hizo en seguida un gesto para indicarle que hablase con Marazza.

—Y bien, señor letrado, ¿qué tiene que decirme? —preguntó.

Con tono muy cortés, como si estuviera tomando parte en una charla intrascendente y mundana, Marazza le contestó en términos breves pero esenciales:

—Sólo tengo que pedirle la rendición sin condiciones.

Inmediatamente, Mussolini se endureció y murmuró:

—Entonces me han engañado...

—¿Qué le habían dicho? —inquirió Marazza.

—Me habían dicho que las familias de los jerarcas podrían reunirse en Várese y que el ejército se concentraría en la Valtellina...

—Tales son, simplemente, las modalidades de la rendición, sobre las cuales estamos dispuestos a tratar una vez aceptada la rendición incondicional.

—En este caso, podemos discutir —dijo Mussolini, apaciguándose.

«Sonreía forzadamente, con

una expresión aturdida, como si quisiera conciliarse las simpatías», contóme Marazza.

«Aún no se les podrá echar en cara su traición»

Entretanto había entrado el mariscal Graziani y, mientras éste se disponía a cerrar la puerta, también Zerbino, Barracu y el prefecto Bassi, no sin un ligero forcejeo, se presentaron en la sala. Apenas Mussolini había pronunciado estas últimas palabras, el mariscal Graziani se levantó y, sacando el pecho como si hablase a los soldados en un cuartel, tras un explosivo «¡Duce!» y después de haber proclamado, en beneficio de los presentes, que él era el ministro de la Guerra ^ el jefe de las fuerzas armadas de la República Social, inició un ampuloso discurso que concluyó manifestando que no era lícito iniciar negociaciones de rendición sin antes haber llegado a un acuerdo con los aliados alemanes.

—Sería deslealtad por nuestra parte —terminó diciendo—; nosotros que siempre hemos estado al lado de la lealtad y del honor o, por lo menos, así lo hemos creído siempre.

Apenas había terminado de hablar Graziani, cuando Marazza, con el mismo tono amable de antes, dijo:

—Pero tal vez el Gobierno de la República Social y su ministro de la Guerra no sepan que, desde hace más de diez días, los alemanes están negociando su rendición con nosotros.

Pareció como si a Mussolini le hubiese atravesado una corriente eléctrica, pues en él acto alzó la voz y exigió explicaciones. Hubo un momento de sorpresa entre los presentes: ¿era posible que Mussolini no supiera nada acerca de las conversaciones destinadas a ultimar la rendición de los alemanes? Así era, sin embargo. Los alemanes siempre habían procurado que Mussolini no experimentara sospecha alguna. Nada le había dicho de ello el general Wolff, que con él se había reunido el 19 de abril, nada el embajador Rahn que le había hecho una breve visita el día 20, y nada tampoco Alberto Mellini, que regentaba el Ministerio de Asuntos Exteriores. El asunto le había sido confiado a éste por Rahn, pero el embajador alemán le había rogado que no aludiera al mismo ante su jefe, puesto que él deseaba comunicárselo personalmente.

El cardenal, que seguía sentado junto a Mussolini en el sofá, con la intención de animarle con su presencia, en vista de la situación tuvo que asegurarle que no cabía duda de que Marazza estaba en lo cierto. Era un secreto de guerra que se le había confiado y que él no podía re velar, pero una vez cometida la indiscreción debía admitir que el general Wolff estaba tratando con él por mediación del cónsul general alemán en Milán y del coronel Rauff. En aquel preciso momento entró en la sala el padre Bicchierai y anunció:

—Los alemanes han confirmado que acceden a rendirse, pero todavía no han firmado. No obstante, prometen que el acuerdo será firmado dentro de veinticuatro horas.

(Sin embargo, a primera hora de la tarde de aquel mismo día, las tropas alemanas de Milán habían depuesto simbólicamente las armas ante el arzobispo, recluyéndose en sus cuarteles. Ante el arzobispo, porque el honor militar les impedía, como había declarado el general Wolff, reconocer al general Cadorna y a las demás autoridades.)

Mussolini, indignado, prorrumpió en invectivas contra los alemanes :

—Nos han tratado siempre como si fuésemos sus criados; para terminar traicionándonos!

Prosiguió largo rato su perorata, pasando lista a las ofensas recibidas y a las humillaciones sufridas, «con unas injurias e insultos apenas concebibles», según me ha contado Marazza. Terminó diciendo que se consideraba desligado de toda consideración con respecto a los alemanes y que, recuperada su libertad de acción, iría a ver inmediatamente al cónsul alemán para echarle en cara su traición, después de lo cual haría unas declaraciones por radio. Temiendo el cardenal que semejante gesto pudiera inducir a los alemanes a desmentir las negociaciones ya cerradas, y acaso a volver a empuñar las armas, trató de calmarlo, exponiéndole, con una argumentación casi sofística de puro sutil, que el documento de la rendición aún no estaba firmado, por lo que «de momento, aún no se les podía echar en cara su irrefutable traición».

—No importa —rezongó Mussolini—, el hecho de haber iniciado negociaciones sin yo saberlo es ya una traición.

Intervino entonces Marazza, diciendo que ya era tarde y que no había tiempo que perder. Mussolini debía exponer cuanto antes su resolución, puesto que partisanos y fascistas combatían ya en los arrabales de Milán. Según nos recuerda Marazza, Mussolini le miró con una mueca casi de complicidad, y le dijo en voz baja:

—No tema, no pasará nada, pues en estos momentos la milicia fascista está ya casi disuelta.

Seguidamente, consultó su reloj de pulsera y se levantó.

—Voy a ver a los alemanes —anunció—; regresaré dentro de una hora.

Otro simulacro de apretón de manos y salió acompañado hasta la antecámara por el cardenal, quien le recomendó sin obtener respuesta, que no se reuniera con los alemanes y que no hablase por la radio, pues podría malograrlo todo. Le vio partir, distraído y turbado, hasta el punto de que apenas contestó a su saludo.

Una vez ausente Mussolini, los miembros del Comité de Liberación se dispusieron a esperar su regreso. Poco después, llegó el prefecto Tiengo, con ademán solemne e importante, presentándose a Cardona y diciéndole que el general Diaman ti, jefe de la guarnición de la plaza de Milán, le había confiado la misión de ofrecerle la rendición de la guarnición, todo ello con una verborrea que pretendía realzar el valor de su gesto y su labor como plenipotenciario. Marazza le respondió:

—Se lo agradezco mucho, pero poco nos importa su comunicado. Más rendidos de lo que están ya ...

Se hizo pasar al cónsul general alemán Gerhard Wolf, que se llamaba como el general de las SS pero con una efe de menos, y a un consejero de la embajada, quienes, por haber transcurrido ya la hora fijada para la rendición, venían a solicitar una demora, puesto que aún no habían conseguido localizar al general Wolff, que era quien debía firmar el acuerdo. Aprovechando la llegada de los alemanes, el prefecto Tiengo se abstuvo de retirarse y se dedicó a curiosear las visitas que llegaban, una tras otra, a la sala, y entre las cuales figuraban todos los restantes miembros del Comité de Liberación del norte de Italia, en vista de lo cual Tiengo se retiró a un rincón con la esperanza de no ser visto.

Apenas habían terminado de hablar los alemanes, cuando Sandro Pertini, secretario del partido socialista para la Alta Italia, llegó allí exaltado aún por su participación en una asamblea de obreros que había convocado en una fábrica. La visión de los alemanes lo irritó y, prorrumpiendo en violentas invectivas contra ellos, criticó duramente el empeño de sus colegas en lo referente a entregar a Mussolini a los anglonorteamericanos. Casi gritando, dijo que cuando el jefe del fascismo se rindiera al Comité de Liberación, éste no debería hacer otra cosa que ponerlo bajo custodia durante los dos o tres días necesarios para la constitución de un tribunal popular que se encargaría de juzgarlo.

Alzando también la voz, Lombardi y Marazza le contestaron:

—¡Ni soñarlo! Lo entregaremos a los aliados, tal como está acordado.

En este momento, Marazza ad-



Una foto de Claretta Petacci, la única persona que le fue siempre fiel y a quien algunos oyeron preguntarle en el último minuto: «¿Estás contento de que te haya seguido hasta el final?»

virtió que el prefecto Tiengo había abandonado disimuladamente la estancia.

Mussolini regresó a la prefectura y Zachariae nos lo describe «pálido como un muerto, con el rostro extraordinariamente contraído». Atravesó el acostumbrado grupo de curiosos, bastante más numeroso que en días anteriores, y subió por la escalera apresuradamente. Al pasar junto a Gravelli, le dijo:

—¿Sabe qué me ha dicho el cardenal? ¡Arrepiéntete de tus pecados!

Después apostrofó al industrial Gian Riccardo Celia, y le gritó en pleno rostro:

—¡Me has engañado! ¡Me has hecho caer en una celada! Y a otro:

—¡Hemos sido traicionados por los alemanes y por los italianos!

Hallóse de pronto ante el general alemán Wenin, un coloso • que le aventajaba en medio metro de altura, y, arremetiendo contra él, le amenazó con el puño, vociferando que todos los alemanes eran desleales y traidores. El alemán no se inmutó y permaneció inmóvil y en posición de firmes.

Pero después su furor se desvaneció, convirtiéndose en una extraña abulia. Apenas se defendía ya del asedio de un alud desordenado de personas que solicitaban órdenes, que daban los más dispares consejos, que deseaban que se marchase o pretendían que se quedase, hasta que todo titubeo se disipó al llegar desencajado, como quien acaba de librar una batalla a muerte, el prefecto Tiengo. Este, apenas oyó las palabras amenazadoras de Sandro Pertini, había llegado corriendo desde el Arzobispado para advertirle que si se rendía al Comité de Liberación, éste lo entregaría a un tribunal popular. Entonces, Mussolini, que hasta el momento había resistido blandamente a las insistentes recomendaciones de Pavolini y otros, contrarios a toda tentativa de rendición, decidióse súbitamente, exclamando:

—¡Aquí se quiere hacer otro 25 de julio, pero esta vez no lo conseguirán!

Vittorio Mussolini nos describe a su padre en el despacho, rodeado por ministros y jerarcas, en el momento de anunciar que su padre había resuelto partir inmediatamente hacia Como, con el detalle grotesco, pero que debe ser cierto, dado él personaje, de que manifestó dicha resolución tras haber examinado un mapa que tuvo que serle explicado (¡para ir de Milán a Como!).

Dio órdenes para ponerse en marcha y descendió al patio. No sin dificultad, unos soldados de las brigadas negras abrieron camino entre el gentío, mientras el ciego de guerra Borsani, con voz potente, gritaba:

—¡No te marches, duce, no te marches!

Entre el tumulto de los automóviles que formaban columna para seguirlo, maniobraron para colocarse ante su coche descubierto, una motocicleta alemana y el automóvil de Pritz Birzer, el oficial de las SS que mandaba la escolta y que sería después uno de los más valiosos testigos de las peripecias acaecidas en el trayecto de Milán a Dongo.

«¿No hay quinientos hombres dispuestos a seguirme?»

Mussolini, con una metralleta en bandolera, subió pesadamente al coche y se sentó junto a Bombacci, que vestía de paisano y llevaba un maletín sobre las rodillas. Les seguía un camión con soldados alemanes, y detrás, en una treintena de coches, viajaba el séquito de ministros. jerarcas y periodistas. Refiere Amicucci que, en el momento de salir de la prefectura, Mussolini quiso saludar a la esposa del prefecto y le dijo:

—Señora, tengo la impresión de que pagaré por todos.

Habían dado ya las siete, pero había aún bastante claridad pese al crepúsculo. Los fugitivos dejaban tras de sí una ciudad desierta, sin automóviles, sin tranvías, puesto que a mediodía las sirenas habían ordenado el paro general, como preludio a la insurrección dispuesta para las dos de la tarde y posteriormente remitida a la noche. Mientras la columna se dirigía hacia la autopista, acá y allá podían oírse explosiones de granadas y ráfagas de ametralladora procedentes de los primeros choques entre fascistas y partisanos.

Una partida sin destino, tan aventurada como precipitada. Creo que Mussolini siempre abrigó, aunque bajo una capa de irresolución, la vaga intención de llegar al alto valle del Adda para iniciar una suprema resistencia, aunque supiese perfectamente que nada se había prepa-

rado para la misma, ni fortificaciones, ni armas, ni víveres, ni combatientes, aún en marcha desde Liguria, Piamonte y Lombardía, sin haber llegado siquiera a las cercanías de Milán; o bien, más seriamente, el propósito de llegar a Merano, al otro lado del Stelvio, para reunirse con la —a pesar de todo— sólida organización alemana en la que había pensado refugiarse la tarde del día 23; o acaso estuviese considerando su exilio en Suiza, a pesar de sus contundentes declaraciones anteriores contrarias a dicha posibilidad.

Detrás de la columna de los jerarcas seguía un automóvil con Claretta Petacci y su hermano Marcello, acompañado por su mujer y sus hijos. Después de haber pasado el mes de noviembre de 1943 recluida con su familia en las cárceles de Novara, la fiel amante se había instalado en Gardone, a poca distancia de Gargnano, a donde la había llevado el general Wolff por encargo de Hitler, quien juzgaba con romántica simpatía aquellos amoríos. La misma tarde en que Mussolini partió de Gargnano, Claretta salió de Gardone y se reunió en Milán con sus padres y su hermana que se disponían a marcharse a España, y les dijo que partiesen sin ella, ya que era su intención seguir la suerte de su hombre hasta el último momento.

Alrededor de las nueve de la noche, Mussolini, con el semblante lívido y movimientos torpes a causa de su inmovilidad durante el viaje, llegó a la prefectura de Como, donde volvió a encontrar el mismo caos de Milán y un tropel de personas extraviadas, indecisas y atemorizadas. Buffarini-Guidi le apremió para que se marchase a Suiza, pero su jefe creía aún en las jactancias de Pavolini, quien le había prometido traerle de Milán millares de hombres armados, y quiso esperar su llegada. Entretanto, los más inquietos susurraban que varias columnas de partisanos se habían puesto en marcha para descender sobre la ciudad. El comisario federal de Como, Paolo Porta, que pregonaba su confianza absoluta en su brigada negra, afirmó que ésta le bastaba para defender al jefe supremo si se retiraba con sus fuerzas a la zona de Cadenabbia, donde sería fácil preparar una sólida defensa. De pronto, Mussolini exclamó con imprevista jactancia:

—¡Me iré a las montañas con Porta! ¿Es posible que no haya quinientos hombres dispuestos a seguirme?

Poco después de llegar a la prefectura, y tras haberse ocupado de la llegada de una camioneta que transportaba su archivo personal —vehículo que, detenido en la carretera a cau sa de una avería, nunca llegaría a Como, y que fue saqueado por elementos desconocidos, extraviándose todos los papeles—, pidió noticias de su mujer y sus hijos menores, que se encontraban no lejos de allí, en una villa de la vecina localidad de Cernobbio. No consiguió telefonearles y no tuvo tiempo para ir a saludarlos apresuradamente, limitándose a atender sin ningún interés a numerosos asuntos inútiles y escuchando, sin tomar resolución alguna, las acostumbradas peticiones, proyectos, previsiones y temores. A las dos de la madrugada mandó dirigir a su esposa una carta escrita con prisas. Rachele dijo después que la había aprendido de memoria y también la había hecho aprender de memoria a sus hijos antes de destruirla (¿también ella se sentía impresionada por el secreto militar?). El texto que nos ha dado en su primer libro de memorias (1948) difiere en algunos detalles del reproducido en el segundo (1957). Me atengo a la primera redacción, probablemente más semejante al original:

«Querida Rachele: Heme llegado a la última etapa de mi vida, a la última página de mi libro. Acaso no nos veamos más; por esto te escribo y envío esta carta. Te pido perdón por todo el mal que involuntariamente te he hecho, pero tú sabes que has sido para mí la única mujer a la que he amado de verdad. Te lo juro ante Dios y ante Bruno en este momento supremo. Saces que debemos trasladarnos a Valtellina. Tú. con los pequeños, trata de llegar a la frontera suiza. Allí iniciaréis una nueva vida. Creo que no te negarán la entrada, porque los he ayudado en todas las circunstancias y porque vosotros nada tenéis que ver con la política. Si no ocurriera así, debéis presentaros a los aliados, que acaso se muestren más generosos que los italianos. Te encomiendo a Anna y a Romano, especialmente a Anna, que tanto te necesita. Tú sabes cuánto los quiero. Desde el cielo, Bruno nos ayudará. Os beso y abrazo a ti y a los pequeños. Tu Benito.»

La carta termina con una fecha errónea: Como, 27 de abril de 1945 XXII E. F., cuando debería ser el 25, o el 26 si fue escrita después de medianoche. Pero después de tres años, la memoria de la pobre Rachele debía de estar ya un poco deformada, sin que ella lo advirtiera, por detalles sabidos después. Puede darse como seguro que en la carta no figuraba la palabra «aliados» que se impuso más tarde, pues él decía siempre «angloamericanos». Y verosímilmente, es posterior la frase «Sabes que debemos trasladarnos a Valtellina». Dos años antes de publicar *La mia vita con Benito*, en febrero de 1946, habiendo recibido en Forio d'Ischia al periodista Bruno d'Agostini, Rachele le recitó la carta a ojos cerrados («como si rezase un avemaria»), algo distinta de como después fue publicada, ya que no se hablaba en ella de la Valtellina. Mussolini le anunciaoa que partía con una columna hacia cierto lugar no distante de Como, donde esperaba poder reunirse con su esposa y sus hijos («no sigáis a la columna, pues es peligroso»); sólo en el caso de que no fuese posible este encuentro, debía presentarse en la frontera suiza y «pedir asilo» (Bruno d'Agostini, *Colloqui con Rachele Mussolini*, Roma, 1946).

Sin duda, la carta original era menos árida de tono, más íntima, reflejando más desaliento, hasta el punto de que, después de haberla leído, Rachele experimentó en seguida la imperiosa necesidad de escuchar por teléfono la voz de su hombre y exponerle a su vez los argumentos y súplicas propios de una mujer afectuosa y asustada que se halla al margen de todo y que ha visto llegar a veinte milicianos armados, en vez del es-' poso que tan cerca se encuentra y que bien hubiese podido desviarse por unos momentos sólo para abrazarla.

—¿Cómo estás? ¿Qué piensas hacer? ¿Quién se encuentra a tu lado?

Le llegan unas palabras de profundo desaliento que la llenan de angustia, pero ella insiste en darle ánimos: «Tienes tantos leales' dispuestos a luchar por ti».

Pero él le contesta, con triste resignación:

—Ya no queda nadie a mi lado, hasta mi chófer me ha abandonado; estoy solo, todo ha terminado.

«Duce, puede partir cuando lo desee»

Naturalmente, esto no es ciei*to, pero en el fondo de su desventura Mussolini experimenta la necesidad de hacer un poco de teatro. En realidad, hay mucha gente que le rodea. Cuelga el auricular y de nuevo discute con los impacientes que le aconsejan partir antes del alba, antes de que aparezcan, los aviones enemigos y pulvericen la ciudad; con los ministros sin ministerios, con los jerarcas sin autoridad alguna, con un Buffarini-Guidi que insiste en que no tiene más salvación que la que representa cruzar la frontera suiza, asegurándole que él conoce bien los puertos de. montaña y todos los senderos utilizados por los contrabandistas. Finalmente, Mussolini acabó por dejarse convencer, pero ante todo era preciso desembarazarse de la escolta alemana. El te



Una de las últimas imágenes de Mussolini en Milán, poco antes de iniciar su repliegue hacia la Valtellina. Le acompañan el teniente SS Birzer, responsable de su «seguridad»; el subsecretario Zerbino y el prefecto Bassi

niente Birzer, puesto en guardia por los rumores que habían llegado hasta sus oídos, telefoneó aquella misma noche desde Como al consulado general de Milán, para preguntar qué debía hacer en el caso eventual de que su protegido tratara de expatriarse. La orden que recibió no pudo ser más explícita: «Intervenga para impedirlo». A partir de aquel momento, dio instrucciones a sus hombres para que no se moviesen del camión y colocó cuatro centinelas alrededor de la prefectura y en el patio de la misma.

Poco después de las tres, uno de estos centinelas le advirtió que Mussolini se disponía a subir a su coche, en el patio del palacio. El alemán no perdió tiempo, atravesó su coche ante el portal del patio y se acercó a paso gimnástico al automóvil de Mussolini.

—Duce, ¿cómo se marcha usted sin avisarme?

Mussolini contestó ásperamente:

—¡Le ordeno que retire su coche! Puedo hacer lo que me dé la gana y marcharme a donde me plazca. ¡Deje libre la salida!

—No saldrá usted §jn la es colta; la responsabilidad es mía.

Seguidamente, el teniente ordenó al conductor del camión que transportaba a sus soldados que se colocara en el lugar acostumbrado, o sea detrás del coche de su protegido (o mejor dicho, «sometido a vigilancia especial»). Pero durante la noche, el camión había quedado, y tal vez no por casualidad, embotellado entre otros vehículos, y pareció entonces como si los italianos quisieran obstaculizar por todos los medios su maniobra.

—¡Fuera del camión! —gritó Birzer a sus soldados—. ¡Carguen sus armas y preparen las granadas de mano! ¡Quiero que me sigan cinco hombres!

Incluso los que no comprendían el alemán se estremecieron al oír aquella granizada de sílabas metálicas. Toda obstrucción desvanecióse inmediatamente y el camión pudo finalizar la complicada maniobra. Birzer se colocó en posición de firmes, dio un taconazo, y anunció:

—Duce, puede usted partir cuando lo desee.

Mussolini dejó allí a su séquito, ordenando que se trasladasen todos a Cadenabbia y, acompañado únicamente por Bombacci, llegó a Menaggio cuando ya amanecía y fue a dormir unas pocas horas en casa del alcalde. A las diez de la mañana volvió a subir a su automóvil, un veloz Alfa Romeo (habían llegado cinco de ellos, nuevos y flamantes, por la mañana a primera hora, y Birzer, que no los había visto en la columna, preguntóse para qué podían servir), y salió hacia Grandola, un pueblo de montaña junto a la carretera de Porlezza. Pocos kilómetros más allá, sobre el lago de Lugano, estaba la frontera suiza. Su intención consistía en marcharse con Claretta y un séquito muy reducido, pero precisamente en el último momento llegó la caravana de los jerarcas, a los que inútilmente había tratado de alejar, dirigiéndolos hacia Cadenabbia, y el cortejo se hizo interminable. Birzer no estaba tranquilo, y menos aún al advertir que se habían unido a la columna, e incluso le precedían, dos vehículos blindados de las brigadas negras cuyas ametralladoras apuntaban en su dirección.

En aquella carretera estrecha y tortuosa, Birzer, que se hallaba a retaguardia, perdía a menudo de vista a los cinco «Alfa Romeo» gemelos que le pre-

cedían a considerable distancia. Sin embargo, logró advertir que, antes de llegar a las primeras casas de Grandola, uno de los «Alfa Romeo» se desviaba por un camino vecinal que conducía a un gran edificio aislado y situado sobre una elevación del terreno, mientras los otros cuatro automóviles seguían su camino. El «Alfa Romeo» se detuvo al llegar a lo alto de la colina, apeándose de él varias personas, a las que Birzer no pudo identificar debido a la distancia, que entraron en la casa. El alemán llegó poco después, jadeante, comprobó que el edificio era una posada, entró y en si patio pudo ver a Mussolini y otros acompañantes, lo que le hizo respirar con alivio, pues temía haber perdido a su protegido. Inmediatamente, distribuyó a sus hombres alrededor del edificio, precaución que no fue vana puesto que veinte minutos más tarde uno de los centinelas le avisó que Mussolini, junto con Claretta y otros acompañantes, habían salido por la puerta trasera del albergue, como si intentasen huir a las montañas. Sin embargo, al ver a los centinelas alemanes se habían detenido, como intimidados, y después de haber charlado un rato con ellos habían vuelto a entrar. (Esta tentativa de fuga fue descrita por Birzer en el informe que hizo de su misión para el general Wolff, y parece confirmada por otras fuentes, entre ellas un relato de Bombacci a los aduaneros de Germasino, recogido por Franco Bandini en su libro Le *ultime 95 ore di Mussolini.)* Desde Grandola parte un sendero bien conocido por los contrabandistas que, orillando un valle estrecho y ascendente, conduce a un puerto situado en la frontera. (Cabe preguntarse, sin embargo, cómo hubiese podido efectuar Claretta aquella dura caminata con sus zapatos de calle y tacones altos.)

Mussolini se hizo preparar un rancho en el cuartel de los aduaneros de Grandola. Allí se presentó a él Vezalini, el prefecto de Novara, con el rostro vendado, explicando que había sido herido durante un ataque de los partisanos cerca de Como, y que «millares de jóvenes leales hasta la muerte estaban dispuestos a combatir» (aunque no dijo donde estaban). Mientras comían, alguien enchufó la radio y oyeron la orden cursada por el general Cadorna a los partisanos para que buscasen y capturasen al fugitivo dictador. Este comentó con amargura:

—¡Este Cadorna! Hice rehabilitar a su padre, hice promover al hijo, y he aquí el fruto que recojo.

Enteróse también de que Rachele y sus hijos habían visto denegada por las autoridades suizas su solicitud de cruzar la frontera cerca de Chiasso, pero puesto que su familia no ocupaba ya lugar alguno en su existencia, no buscó otras noticias ni escribió ninguna otra carta.

En el extremo de la mesa se sentaba una muchacha rubia muy bella, con uniforme de auxiliar, o sea camisa blanca, corbata negra y cinturón. Era Elena Curti Cucciati, hija de Angela Curti, antigua amiga de Mussolini. La joven se había reunido con Mussolini en Gargnano, y éste la recibía casi cada día, haciéndose contar los rumores que corrían a su alrededor y acaso haciéndose ayudar en la lectura de los periódicos. Se murmuraba que era hija suya, mas para Claretta la historia de la hija natural no le resultaba convincente, ya que se le había metido en la cabeza que era una nueva amante que había venido a suplantarla. Apenas Mussolini se levantó de la mesa y se retiró a otra habitación, Claretta le siguió y le hizo una escena de celos a la antigua, chillando tan fuerte que Mussolini se levantó presuroso para cerrar la ventana y evitar que los demás oyesen los gritos. Al volverse, resbaló, tropezó con una alfombra y cayó pesadamente, levantándose con un extenso hematoma en el pómulo que parecía la señal de un puñetazo. Alguien ha contado que, al salir enfurecido de la habitación, exclamó:

—Se marcha; lleváosla en seguida. En estas situaciones, es mejor que las mujeres se queden en casa.

Entretanto, la muchacha rubia se había alejado de allí, dirigiéndose animosamente en bicicleta a Como, para ver qué se había hecho de la famosa columna de Pavolini, y a decir a sus oficiales que su jefe les esperaba impaciente. (Habían llegado, sí, algunas de las brigadas movilizadas, seguidas por sus mujeres e hijos, pero al enterarse de que su duce les había librado de su juramento, nadie había podido impedir su dispersión.)

Buffarini-Guidi no se daba aún por vencido. Alrededor de las cuatro de la tarde, junto con el ministro Tarchi y otros, quiso ir a ver si era pósible cruzar la frontera por el lado de Porlezza. La tarde era oscura y lluviosa. Mussolini había salido a dar un paseo, con la cabeza descubierta, por el escuálido jardincillo del cuartel, conversando con Bombacci. Una hora más tarde, uno de los que habían salido con Buffarini-Guidi llegó corriendo y anunció con voz trémula que todos los demás habían sido capturados por los carabineros de la aduana, pasados a las filas del C.L.N., y que sólo él había conseguido escapar aún no sabía cómo.

«¡Con doscientos alemanes puedo llegar hasta el fin del mundo!»

La última tentativa de cruzar la frontera había fracasado. Mussolini aceptó filosóficamente el contratiempo, pero supo hallar de nuevo un tono insólitamente autoritario para ordenar al teniente alemán que fuese con sus hombres y un pelotón de carabineros a libertar a los detenidos. Birzer no le obedeció, alegando que sus órdenes no le permitían actuar en este sentido. (Pero, sobre todo, sospechando que se trataba de una maniobra para alejarle a él y a sus soldados.) Sin embargo, su protegido no pensaba ya en evadirse. Su intención era entonces, como dijo poco después al oficial alemán, dirigirse hacia Merano; el viaje hasta Stelvio era seguro —dijo— porque sería escoltado por los tres mil camisas negras de Pavolini. Por lo tanto, dio la orden de bajar inmediatamente hasta Menaggio. Pero el teniente Birzer objetó que sus hombres estaban exhaustos y que tenían absoluta necesidad de reposo, y rogó a Mussolini que demorase la partida hacia Menaggio hasta la mañana siguiente.

Mussolini accedió con un gesto de cansancio y así se dejó arrebatar de la mano su última carta. Si hubiese partido inmediatamente, según todas las probabilidades habría llegado a Chiavenna por carreteras todavía vigiladas por los alemanes y libres de partisanos; acaso con tiempo todavía para partir desde un pequeño aeródromo a bordo de un aparato Cigüeña que le esperó hasta el último momento para trasladarlo a Baviera, noticia que le había sido comunicada poco antes. Pero si los hombres de Birzer estaban exhaustos, Mussolini es descrito por el teniente Birzer como deshecho por la falta de sueño, con la vista baja y todo el aspecto del hombre que ha perdido por completo la facultad de tomar una decisión.

A las cuatro de la mañana del viernes, día 27, el alemán empezó a organizar la columna. Durante la noche habían llegado a Menaggio unos treinta camiones con cerca de ciento setenta hombres de la Flak (defensa antiaérea alemana) al mando del teniente Fallmeyer y con Merano como destino. El teniente Birzer pensó que era conveniente que le acompañasen aquellos compatriotas suyos y, puesto que en el curso de la misma noche había llegado también un carro blindado italiano —en realidad, sólo se trataba de un camión con los costados acorazados— con su dotación y Pavolini (pero ninguno de los tres mil hombres prometidos), determinó que el camión blindado

precediera a la columna y que los vehículos del teniente Fallmeyer formasen la retaguardia. Al parecer, Mussolini se ablandó repentinamente al verse escoltado por tantos alemanes armados, hasta el punto de exclamar :

—¡ Con doscientos alemanes puedo llegar hasta el fin del mundo!

Poco lejos llegaría con aquellos alemanes que ya habían suspendido las hostilidades y sólo pensaban en sus hogares.

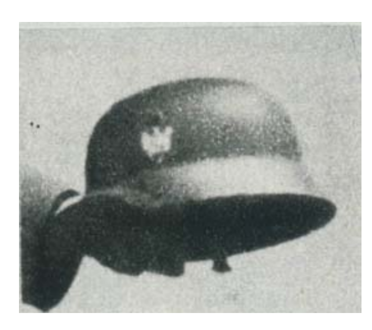
A las cinco y media, la columna se puso en marcha, seguida por un automóvil con matrícula del cuerpo diplomático y en el que viajaba el doctor Mareello Petacci con su familia y su hermana Claretta. La muchacha rubia, de regreso de su inútil viaje a Como, se acomodó en el auto blindado con Pavolini, Berracu y Bombacci. Hoy es la única superviviente de aquellos desgraciados y ha escrito un minucioso relato de las peripecias de Mussolini hasta llegar a Dongo, que, en sus líneas generales y no pocos detalles, coincide con el informe del teniente Birzer.

Tras una hora de viaje, el camión blindado se detuvo y de él se apeó Pavolini para invitar a su jefe a pasar al espacioso vehículo acorazado. Obtenido el permiso del teniente Birzer, Mussolini cambió de coche, y tras él subieron al camión tres o cuatro ministros o jerarcas. Ninguno de ellos pensó que el auto blindado marchaba en vanguardia y que esta posición siempre resulta más arriesgada.

Alrededor de las ocho de la mañana, al salir de la región del Musso, la columna se detuvo súbitamente. ¡Un tronco de árbol interceptaba la carretera. Desde la abrupta pendiente del monte situado a la izquierda partieron varios disparos de fusil; el auto blindado contestó al fuego. Unos minutos más tarde acercóse un grupo de partisanos enarbolando una bandera blanca. El teniente Fallmeyer, que había acudido desde el final de la columna, dijo a Birzer que procuraría tratar con los partisanos para evitar un combate. Dirigióse hacia el grupo y, hablando en correcto italiano, solicitó hablar con el comandante. Este llegó poco después, avisado por un emisario en motocicleta.

Era el partisano Pedro (Pier Luigi Bellini delle Stelle), comandante de la 52 brigada garibaldina. Pedro comprendió inmediatamente, ya a las primeras palabras, que el oficial alemán no tenía el menor deseo de combatir, pero que por otro lado deseaba hacerle creer que estaba dispuesto a librar batalla si no se le concedía paso hasta Merano. Entonces trató de ganar tiempo, con la esperanza, después frustrada, de que entre tanto se pudiese volar algún puente en la carretera que los alemanes intentaban recorrer. Dijo al teniente que era preciso tratar el asunto con el mando situado en Domaso, a seis kilómetros más allá de Dongo, y le propuso dirigirse allí, los dos, en la moto. El alemán aceptó. La idea de Pedro consistía en darle la impresión de que todo el largo borde del lago estaba ocupado ya por los partisanos, a cuyo fin había enviado en seguida a algunos de sus hombres para movilizar a los diversos puestos de control de la carretera, disponer junto a ésta a todos los hombres armados, e incluso convocar a gente desarmada con pañuelos rojos al cuello para hacer creer al teniente alemán que también ellos eran partisanos. Después, con la excusa de que el último tramo de carretera que conducía al puesto de mando era secreto militar, rogóle que esperase un rato en el cuartel alemán de Nuovo Olonio, donde sus compatriotas estaban ya arrestados, pensando que éstos, para justificarse, le exagerarían el poderío de las fuerzas partisanas.

La ausencia del teniente Fallmayer se prolongó y la espera en la carretera se hizo enervante. Era ya más de mediodía. De pronto —escribe la testigo Elena, y su relato coincide más o menos con el de Birzer—, en la puerta posterior del auto blindado apareció una figurilla azul, con la cabeza cubierta por un



casco de aviador. «Parecía un niño, pero cuando se quitó el casco y se soltó los cabellos, viose que era una mujer; tenía unos bellísimos ojos claros.» Era Claretta, angustiada por la larga espera. Mussolini le habló con dulzura. En aquel momento regresó el teniente Fallmeyer, tras seis horas de ausencia. Llevóse aparte a Birzer y le dijo que, en su opinión, la situación era muy grave puesto que la superioridad de las fuerzas partisanas resultaba evidente. Las condiciones impuestas para dejarles pasar no eran muy onerosas. Ni siquiera se exigía la entrega de las armas; sólo pedían registrar los vehículos de la columna en la plaza de Dongo, y que todos los italianos saliesen de ellos. Si se respetaba este acuerdo, los alemanes podrían seguir libremente su camino hacia su país a través de Suiza. Por su parte, y en lo que se refería a sus hombres, él había decidido aceptar las condiciones. No conocía las órdenes de Birzer, pero si éste era de distinto parecer debería separarse de él junto con sus soldados.

Birzer pidió diez minutos para reflexionar. Parecíale evidente que la tentativa de Mussolini de huir a Suiza le relevaba de las órdenes recibidas, más por otra parte una rendición ante los partisanos, sin combatir, podría causar mal efecto ante sus superiores. «Haga lo que haga, me equivoco», pensó Birzer, pero finalmente persuadióse de que sería una locura arriesgar la vida de sus hombres por una causa tan desesperada, y díjole a Fallmeyer:

—Si sus doscientos hombres no le parecen suficientes para entablar combate, con mayor razón no bastarán mis treinta soldados. Estoy de acuerdo con usted —y añadió—: Voy a proponer al duce que se vista con un uniforme alemán y que se coloque en uno de los camiones de la retaguardia. Es preciso que él vea que hago todo lo posible por salvarlo.

—Haga lo que juzgue conveniente —contestó Fallmayer antes de partir para concluir el acuerdo.

Birzer regresó junto a Musso-

El casco y el capote de la FLAK (Defensa Antiaérea Alemana) que Mussolini llevaba puestos en el momento de ser identificado y detenido por los partisanos en la plaza de Dongo.



lini y empezó a hablarle rápidamente en alemán. De vez en cuando, Mussolini traducía en beneficio de sus compañeros: «Dice que el teniente de la Flak ha conseguido el pase para él y sus hombres... dice que los italianos deben ser separados de la columna... dice que yo podré tratar de pasar vestido de alemán...» Narra Elena Curti que Claretta empezó a gritar:

—¡Hágalo, duce, hágalo, debe tratar de salvarse!

Mussolini aceptó la propuesta y limitóse a decir a Birzer:

—En todo caso, usted tiene el deber de defenderme.

—*Jawohl*, desde luego, duce — replicó el teniente.

Ordenóse a un cabo de la Flak que le entregas®* un capote y un casco y, mientras se los ponía, Mussolini dijo de pronto (según el relato de Elena Curti):

—Me marcho; ma fío más de los alemanes que de los italianos.

De unos alemanes que sabían perfectamente que los camiones serían registrados poco después y que no sería fácil que el disfrazado duce pasara inadvertido ante los ojos de los partisanos; el propio Birzer ha escrito que no esperaba que la añagaza diera resultado.

Pero antes de partir, Mussolini tuvo otro momento de vacilación y dijo a Birzer que si también sus ministros debían abandonar la columna, él tampoco se movería de allí.

—Es imposible —respondióle el alemán—. Las condiciones aceptadas implican que todos los italianos deben separarse de la columna.

—Pero, por lo menos, mi amiga debe quedarse conmigo.

—También esto es imposible.

Al oír esto, Mussolini se quitó el capote alemán y el casco de acero y los arrojó dentro del auto blindado. Entretanto había llegado desde la retaguardia de la columna, deteniéndose junto al vehículo acorazado, el camión que debía alojarle. Entonces, el teniente alemán le habló con voz insinuante:

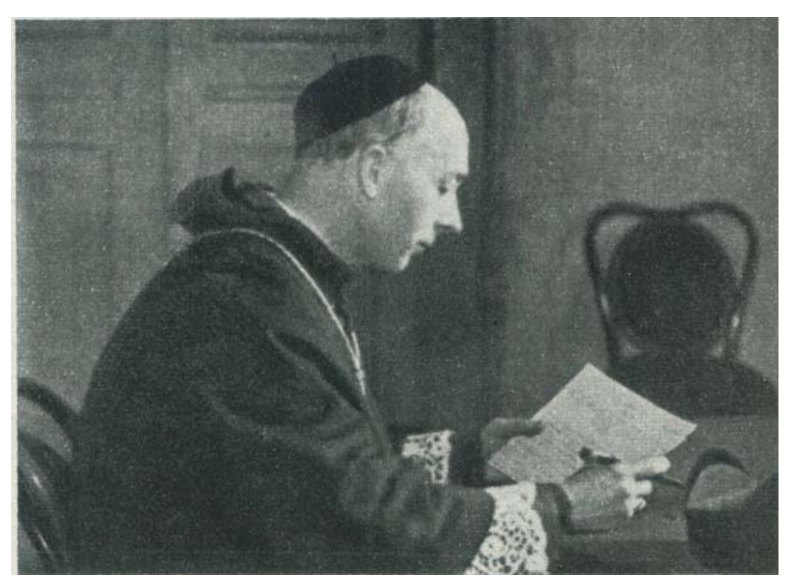
—Duce, esta es su última oportunidad para subir al camión sin ser visto.

Ante tales palabras, Mussolini decidió volver a ponerse el capote y el casco, y a cambiar de vehículo. Al parecer, Claretta trató también de subir al camión alemán, pero fue obligada a apearse; cortésmente, escribe Birzer, pero amenazándola con recurrir a la fuerza.

Permitióse al auto blindado, tripulado por Barracu, Pavolini. Bombacci y Casalinovo, junto con varios otros, emprender el regreso a Como, pero apenas el camión hubo dado media vuelta, algunos partisanos dispararon contra él, aunque otros pretenden que fue el auto blindado el primero en abrir fuego. Lo cierto es que, tras un brevísimo combate, los jerarcas fueron rodeados y capturados. La columna alemana se puso en marcha hacia Dongo, seguida por un solo coche de matrícula civil, el de Marcello Petacci que viajaba con un pasaporte diplomático y documentos que afirmaban su nacionalidad española, y en el que había vuelto a refugiarse Claretta.

«Bill, aquí tenemos al pez gordo»

Los camiones alemanes se detuvieron en la plaza de Dongo.



Los partisanos de la 52 brigada garibaldina empezaron a inspeccionar su interior, siguiendo órdenes de Bill (Urbano Lazzaro), el comisario político de la brigada. Son muchos los que se han jactado de haber reconocido los primeros a Mussolini, pero mi relato se atendrá, salvo en lo que respecta a algunos detalles, a lo que han escrito conjuntamente Pedro y Bill. La narración de Bill está avalada por Pedro, quien en todo el asunto se comportó de modo razonable y humano. Explica Bill que, mientras se apeaba del segundo camión, se le acercó el partisano Giuseppe Negri y le susurró en voz baja:

—Bill, aquí tenemos al pez gordo.

Explicóle seguidamente que acababa de bajar del camión contiguo, donde había observado a un soldado con capote, acurrucado en un rincón, junto a la cabina, con el cuello levantado y el casco inclinado hacia delante. Los alemanes le dijeron que se trataba de un compañero que se había embriagado, pero él había alargado el brazo y le había bajado el cuello del capote, reconociendo perfectamente de quién se trataba, aunque fingió no darse cuenta de nada. Al principio, Bill no quiso creerle, pues la cosa parecíale imposible, pero el otro insistió con tanta vehemencia que decidió ir a dar un vistazo, aunque recomendando a Negri que no dijese nada a nadie ya que era necesario obrar con cautela para no desencadenar una eventual resistencia de los alemanes.

Se hizo indicar cuál era el camión y en seguida vio al individuo acurrucado junto a la cabina. Dióle una palmada en la espalda y llamóle: «¡Cantarada!». El hombre permaneció inmóvil. Acercáronse entonces un brigada de carabineros llamado Paola y el chófer Pirali. Bill volvió a llamar al hombre: «¡Excelencia!». El hombre no respondió ni se movió. Entonces Bill llamóle en voz más alta: «¡Cavalier Benito Mussolini!». El soldado del capote experimentó un sobresalto. Bill se agarró al borde, subió al camión y se acercó al hombre, que continuaba inmóvil y mudo. Quitóle el casco y las gafas de sol, bajóle el cuello del capote y ante él apareció Benito Mussolini, «acurrucado a mis pies, pálido, casi sin vida». El relato de Bill prosigue: «Entre las rodillas tenía una metralleta cuyo cañón apuntaba a su barbilla. Le quité el arma, entregándosela al chófer Pirali que acaba de subir. Ayudé a Mussolini a levantarse. «¿Tiene otras armas?», le pregunté. Sin abrir la boca, se desabrochó el capote y, metiendo la mano entre el cinturón y los pantalones, extrajo una pistola (...). Su rostro parecía de cera, y en su mirada fija, pero ausente, leí una extrema fatiga, pero no miedo. Parecía como si Mussolini no tuviera voluntad alguna, como si estuviera espiritualmente muerto».

Partisanos y gente del país, sospechando que ocurría algo.



La residencia familiar de Mussolini en Gardone, la señorial «Villa Feltrinelli». De ahi partió el 18 de abril para Milán, en un desesperado intento de negociar con el Comité de Liberación Nacional.

Salón del palacio episcopal de Milán donde el cardenal Schuster —a la izquierda— preparó la entrevista del Duce con los miembros del Comité de Liberación Nacional, negociaciones que terminaron en fracaso.

empezaron ya a correr hacia el camión y a rodearlo. Bill supo hallar la fórmula: «Le detengo en nombre del pueblo italiano». Como en sueños, Mussolini respondió: «No hago nada», en el sentido de «no opongo resistencia». Bill le aseguró que, mientras se hallara bajo su responsabilidad personal, nadie le tocaría ni un cabello, y sonrió para sus adentros al pensar en la ridiculez de las frases hechas, puesto que su prisionero era calvo y además iba rapado al cero. Sosteniéndolo por debajo de los hombros, Bill y el chófer lo acompañaron hasta la parte posterior del camión, y los alemanes, que habían asistido mudos e inmóviles a la escena, se ocuparon de bajar la valla. Un ex carabinero llamado Ortelli le ayudó a bajar. (Birzer asistió a la captura. Oyó que Mussolini pronunciaba unas palabras que no entendió, pero uno de sus hombres, que hablaba el italiano, se las tradujo: «¡Y nadie me defiende!».)

Alrededor del pequeño grupo que atravesaba la plaza se había reunido ya una multitud excitada, que gritaba: «¡Han capturado a Mussolini!». Acudió entonces el alcalde de Dongo, doctor Giuseppe Rubini, oficial de las tropas alpinas, y se situó junto al cautivo. Junto al alcalde, alto y delgado, el prisionero tenía un aspecto achaparrado, con la cabeza descubierta y el capote desabrochado y demasiado largo para él. Estrechaba entre las manos una cartera de cuero. El clamor de la muchedumbre tenía un tono amenazador.

—Tranquilícese —le dijo Rubini—, nadie le hará ningún daño.

—Estoy seguro de ello —respondió el prisionero—, la población del lago es generosa.

Fue conducido a una habitación de la planta baja del Ayuntamiento. Allí se quitó el capote alemán, quedando con camisa negra, sin chaqueta, y con botas altas. Dejó sobre una caja la cartera de cuero, y Bill la tomó e hizo el gesto de abrirla.

—Guárdela bien —le dijo Mussolini—; dentro hay documentos secretos de gran importancia.

Llegó entonces Pedro, que hasta el momento se había ocupado de los ministros y de los jerarcas capturados en Musso. El prisionero dióle la impresión de un hombre exhausto e inquieto: «Volvía la cabeza a un lado y a otro, dando rápidas miradas " a su alrededor con ojos desorbitados, como de loco».

«Quiero morir con él»

Pedro estaba preocupado por la responsabilidad que había recaído sobre él con la captura de Mussolini y los demás. Temía también que, dadas las escasas fuerzas que tenía a sus órdenes, y pudiendo fiarse únicamente de una docena de hombres que llevaban largo tiempo a su lado, los prisioneros le fuesen arrebatados y pasados por las armas sin proceso alguno. Habló entonces con el partisano Pietro Gatti (Michele Moretti), comisario de la brigada, y con el capitán Neri (Luigi Canali), inspector del mando regional lombardo y que, precisamente, acababa de llegar de Como, y les propuso un plan «algo tortuoso» para conservar a buen recaudo al prisionero hasta que lo reclamasen las autoridades superiores. Se trataba de un doble desplazamiento del cautivo.

El primer traslado debía efectuarse con un secreto llevado con la suficiente ostentación para inducir a todos los que se enterasen de la maniobra, cosa inevitable, a la convicción de que era el definitivo. El segundo, que se realizaría pocas horas después, pasaría inadvertido a la curiosidad de las gentes y sería verdaderamente secreto. Para la primera etapa escogió el cuartel de los" aduaneros de Germasino, situado en la montaña limítrofe con la frontera. Para el segundo desplazamiento Neri, buen conocedor de la región, aseguró que se podría contar con una casa cercana a Como y habitada por personas de absoluta confianza. Pero entretanto era urgente alejar al valioso prisionero de Dongo, localidad situada peligrosamente al alcance de las fuerzas enemigas.

(Para Mussolini, Dongo fue, en verdad, uno de aquellos nombres a los que cabe calificar de ominosos por contener un presagio funesto. Había leído tiempo atrás *La Cartuja de Parma*, de Stendhal, grabándosele en la mente el nombre del protagonista, Fabrizzio del Dongo, y eligiéndolo para firmar dos artículos destinados a ser publicados en *Libro e Moschetto.)*

En aquella habitación de la planta del Ayuntamiento, al verse tratado con deferencia por los jefes partisanos, Mussolini recobró cierto aplomo. No pueden ser aceptados íntegramente los diversos relatos de testigos más o menos oculares, pero es cierto que no trató de parapetarse tras un desdeñoso silencio. Procuró justificarse y excu^ sarse, discutiendo con los partisanos que le rodeaban y le hacían preguntas simples y rudas; acalorόse contestando que tal o cual cosa no era cierta, que tal otra nunca le había sido explicada, que sería demasiado largo explicar por qué Italia no pudo sustraerse a la necesidad de entrar en guerra; y jactándose, además, de haber indultado a docenas de condenados a muerte. Asegura el carabinero Ortelli que, al preguntarle si el discurso que pronunció después de ser liberado en el Gran Sasso le fue impuesto, Mussolini le contestó:

—Me fue impuesto; estaba rodeado por más de cien policías y debía hacer lo que ellos me decían.

Alrededor de las siete fue trasladado a Germasino y, a juzgar por el relato de Pedro, parece ser que tampoco durante aquel trayecto de seis o siete kilómetros sobre una atroz carretera de montaña permaneció callado. En un momento dado, Pedro le dijo que no le perdonaría nunca que hubiese permitido el tratamiento inhumano sufrido por los partisanos, y Mussolini se lanzó inmediatamente a una larga perorata, disculpándose con calor y asegurando que él nunca había permitido semejante cosa. Excitadísimo y dándose puñetazos en la rodilla, añadió que, por otra parte, él no tenía poder alguno para contrarrestar las decisiones de los demás.

En la montaña llovía y hacía frío, pero sus guardianes encendieron una buena fogata y le dieron de cena verdura hervida, como él había pedido. Ellos se habían preparado un cabrito asado y una fritura; se lo ofrecieron y Musolini aceptó ambas cosas, una taza deitá y un poco de vino, y después, con renovada locuacidad, disertó sobre el nazismo y el bolchevismo y acerca de las posibilidades de super^ vivencia del Imperio británico. Alrededor de las once le entró sueño y lo condujeron al piso, donde le habían preparado un cuartito con una ventana enrejada («celda de disciplina»), un catre y varias mantas, encerrándolo en él con un candado.

Una vez dadas las disposiciones para la vigilancia del prisionero, Pedro estaba a punto de marcharse cuando Mussolini, no sin cierto titubeo, le pidió que saludara de su parte a una señora, presa con los demás en Dongo: la «signora» Claretta Petacci. Pedro le aseguró que cumpliría su encargo y entonces el otro, animándose, rogóle que no dijese a nadie quién era ella: «No quiero que por culpa mía le suceda algo».

Al llegar a Dongo, Pedro fue en seguida a ver a Claretta y le dijo que una persona le había pedido que la saludase de su parte. Claretta fingió no comprender nada y aseguró que no tenía ni idea de quién pudiera ser esta persona. Cuando Pedro pronuncio su nombre, ella insistió en que tenía que tratarse de un error, pero pronto cambió de actitud y se desahogó contando a Pedro todas sus cuitas, escena que, según el relato de éste, duró más de una hora. Explicóle que Mussolini había sido traicionado a causa de su excesiva confianza en la gente y que ella jamás se había atrevido a aconsejarle en cuestiones políticas, detallándole después cómo

nació, creció y se sublimó su amor, y acabando por suplicar que fuese «llevada a su lado». Pedro quedó sorprendido ante esta inesperada petición y no supo qué contestar, pero Claretta insistió:

—Quiero morir con él si es que tienen la intención de matarlo. Después de su muerte mi vida no tendría objeto alguno.

Pedro le dijo que se calmase y le aseguró que no tenía ninguna intención de matar a su prisionero; sólo pensaba entregarlo a las autoridades italianas. Al salir de allí pidió a sus compañeros, Neri y Pietro Gatti, qué pensaban de esta petición, ly los dos decidieron que nada de malo había en acceder a ella.

Entretanto, a través de la línea telefónica de una compañía de electricidad, había llagado un misterioso mensaje procedente de un puesto de mando superior, pero no identificado, en el que se ordenaba que Mussolini fuese custodiado con todas las precauciones y que, en caso de un intento de fuga, antes que hacerle objeto de violencias, le dejasen huir. En estas palabras Pedro interpretó, acertadamente la preocupación de evitar que se cumpliese la llamada justicia sumaria. Parecióle entonces más necesario que nunca pasar a la segunda etapa de su plan, o sea transferir el prisionero a un escondrijo realmente ignorado por todos.

Acordó con Pietro y con Neri el mejor modo para ejecutar el desplazamiento, e inmediatamente partió hacia Germasino. Anunció en el cuartelillo de los aduaneros que el prisionero principal debía ser trasladado en seguida y dio la orden de que se le despertase. Mussolini vistióse apresuradamente, pero se negó a ponerse el capote alemán con el que había llegado allí (sus guardianes repitieron después sus palabras: «He terminado por fin con los alemanes; me han traicionado por tres veces y no quiero ropa suya»), y entonces le entregaron un abrigo gris y le colocaron sobre los hombros una manta militar. Previendo que, en el trayecto hasta Como se les daría el alto desde varios controles de los partisanos, Pedro había convenido con sus colegas en Dongo hacer pasar al prisionero por un compañero herido en la cabeza, por lo que los guardias lo vendaron meticulosamente, dejándole al descubierto únicamente los ojos y la boca, «hendiduras negras en la blancura de una gran bola de gasa».

En Dongo, Neri fue al Ayuntamiento a buscar a Claretta Petacci, llevándola consigo, en la noche negra y lluviosa, al lugar acordado para reunirse con Pedro, donde esperaban cerca de un automóvil negro Pietro Gatti y Gianna, una partisana con el brazal de la Cruz Roja, que fingiría ser la enfermera que atendía al herido. Claretta se asustó al ver apearse del coche de Pedro a Mussolini con la cabeza vendada. Hubo un rapidísimo diálogo entre ambos, bajo la lluvia.

—'Buenas noches, Excelencia.

—¿Por qué has querido seguirme?

—Prefiero que sea así. Pero, ¿qué le ha sucedido? ¿Qué son todos esos vendajes?

—Nada, nada, una mera precaución.

Claretta no tuvo la satisfacción de poder sentarse junto a su hombre, pues la instalaron en el coche que iba delante, entre Neri y Pietro Gatti, sentándose delante un joven partisano. Mussolini iba en el segundo coche, apretujado entre Gianna y Pedro, con otro joven garibaldino junto al chófer. Los dos automóviles emprendieron rápida marcha a través de la noche tempestuosa, por la tortuosa carretera que bordea el lago. De vez en cuando aparecían controles de carretera, con los consiguientes chillidos de frenos y destellos de linternas. Cerca de Menaggio, el coche de Pedro estuvo a punto de ser acribillado por una ráfaga de ametralladora, debida al nerviosismo de los centinelas de un puesto de vigilancia emplazado a pocos metros sobre la carretera. En Moltrasio, Neri y Pedro tuvieron la impresión de adentrarse en pleno campo de batalla, pues por doquier se oían explosiones y disparos, y se veían llamaradas. Preguntaron qué sucedía y alguien les explicó que los aliados habían llegado a Como al anochecer y habían topado con cierta resistencia. Era preciso volver atrás, ya que Pedro pretendía que Mussolini saliese de allí con vida, pero no deseaba que cayera en poder de los aliados. Lo que él quería era entregarlo a las autoridades italianas.

«¡Anda, Benito, cómo se te conoce sin las vendas!»

Breve consejo de guerra. Neri conocía otro escondrijo no muy distante, sólo a tres cuartos de hora en automóvil, en Bonzanigo, a pocos centenares de metros de Azzano, una aldehuela situada en mitad del lago. Tratábase de la casa de un campesino que le había dado albergue varias veces, un patriota honesto y de toda confianza. Dieron media vuelta, pues, y hacia allí se dirigieron. Dejaron el coche en Azzano y se aventuraron por un caminillo de piedra escarpado y protegido por dos muros bajos, donde el agua corría como por el lecho de un torrente. Claretta se tambaleaba sobre sus tacones altos, aferrándose al brazo de Mussolini; Pedro se colocó junto a ella y la sostuvo por el otro lado. Tras un cuarto de hora de camino, llegaron a la casa del campesino De María, que era la primera de la aldea. Desde el patio, Neri imitó a la granjera que llama a sus polluelos, según la señal convenida. Abrióse la puerta y Neri charló unos instantes con el dueño de la casa, detrás del cual atisbaba su mujer, Lia. con un quinqué de petróleo en la mano. Seguidamente, la comitiva entró en la espaciosa cocina. Lia De María atizó el fuego en la gran chimenea y después preparó café. Neri pidió entonces a los dueños que alojase a los dos prisioneros, que los tratase bien y que les preparase algún lugar donde poder dormir. Los dos jóvenes partisanos, Lino y Sandrino, se quedarían de guardia, con la consigna de no perder de



Pier Luigi Bellini delle Stelle y Urbano Lazzaro, los comandantes «Pedro» y «Bill» de la 52.ª Brigada garibaldina, que capturó a Mussolini y a los jerarcas fascistas en Dongo. Fueron inútiles sus intentos por lograr que los tribunales juzgaran legalmente al Duce.

La ruta de la captura



La carretera entre Musso y Dongo que la columna fascista encontró bloqueada por los partisanos del comandante «Pedro». Junto a estas líneas, algunos de los blindados de la escolta mussoliniana fotografiados en la sombría mañana del 27 de abril.



La *última* casa

La vieja casa
del campesino
De Maria,
en Bonzanigo
—junto a Azzano,
en mitad
del lago Como,
abajo—
y el dormitorio
en el cual Mussolini
y Claretta Petacci
pasaron sus últimos
momentos.
Los dos almohadones
indican
exactamente
el lugar donde
durmió el Duce.

vista a los dos cautivos, de no ausentarse y de no dormir hasta que llegase su relevo. Todos bebieron la infusión de sucedáneo de café, excepto Mussolini. Después, Pedro y los demás se marcharon, no sin antes haber hecho las últimas recomendaciones a los dos muchachos. Desde el umbral, antes de cerrar la puerta, Pedro dirigió un último vistazo a los dos prisioneros. Estaban sentados ante el fuego y le pareció que estaban más tranquilos, como si no les inspirase tanto temor su suerte inmediata. El, apoyado en él respaldo de la silla, con la cabeza todavía vendada, tenía las manos sobre el regazo y contemplaba fijamente el fuego. La Petacci, algo inclinada, con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla entre las manos.

Lo que sigue a continuación es el relato que me hizo Lia De Maria en 1947, cuando fui a visitar aquellos lugares, integrado con todo lo que le contó Sandrino a Ferruccio Lanfranchi *(Clara Petacci al giudizio della storia,* «Oggi», 1948-49). Lia subió al piso superior, despertó a sus dos hijos que dormían en una habitación con cama de matrimonio, los hizo levantar y los mandó a dormir en el henil. Después, aseó un poco la habitación destinada a sus misteriosos huéspedes y rehizo la cama con ropa limpia. Al poco rato, volvió a bajar y dijo a los dos visitantes que tenían ya la habitación preparada. Pareció como si Mussolini no la hubiese oído, pues siguió contemplando el fuego con las manos metidas en los bolsillos. Claretta le habló con dulzura, como si se dirigiese a un animalillo:

—Esta señora dice que la habitación está preparada. ¿Vamos?

Subieron, con ayuda de una lamparilla de aceite, dos tramos de peldaños tallados en piedra viva. Casi toda la habitación estaba ocupada por un lecho de matrimonio. Las paredes estaban encaladas y el techo era de viguetas, con grandes manchas de humedad qiíe revelaba la débil luz de una bombilla que colgaba, desnuda, del techo. Sobre la cabecera, una oleografía de Nuestra Señora de Pompeya y la fotografía de un soldado alpino de la guerra anterior. Dos sillas de paja, un palanganero al que la mujer había sujetado una toalla, y un perchero en el que Claretta colgó el gorro de automovilista que había llevado hasta entonces. Después, Claretta ss acercó a la cama, la palpó como si quisiera probar si era blanda, y dijo:

—¿No podríamos tener otra almohada? El está acostumbrado a dormir con dos.

La dueña de la casa salió y volvió con otra almohada. Viendo Claretta que la funda estaba remendada, la guardó para sí y colocó las otras dos, una sobre otra, en la parte más cercana a la pared. Mussolini se había sentado sobre la cama *y* empezaba a quitarse las vendas. Claretta susurró entonces al oído de la mujer que deseaba asearse un poco; había tomado la toalla del palanganero y tenía un trozo de jabón en la mano. Lia estaba contemplando asombrada, y sospechando la verdad, la redonda cabeza que emergía calva y reluciente entre los vendajes. Hizo un esfuerzo para sobreponerse y se excusó diciendo:

—Somos gente de montaña. Debe hacerse cargo, hemos de bajar...

Bajaron por la escalera, seguidas de los dos jóvenes armados. El retrete estaba en 1c>, parte exterior de la casa, a la vuelta de la esquina y adosado al muro. Apenas cruzaron la puerta, la lluvia y el viento hicieron vacilar la tenue llama de la lamparilla de aceite, que estuvo a punto de apagarse. Ante la puerta del excusado, Claretta vaciló:

—Necesitaría un *poco* de agua —dijo con un soplo de voz.

Lia fue a buscar un cubo de agua y se lo trajo. Cuando regresó Claretta, Mussolini ya se había acostado. Pasados unos minutos, los dos jovenzuelos que montaban la guardia en el rellano, detrás de la puerta entornada, la abrieron de pronto sospechando un diálogo susurrado entre Mussolini y Claretta. Vieron que él se incorporaba fatigosamente hasta quedar sentado, y que ella se ocultaba entre las mantas y se cubría la cara con la sábana,

—¡Anda, Benito, cómo se te conoce sin las vendas! —exclamó Sandrino.

También Lino quiso hacerse el gracioso, pero Mussolini les dijo:

—Vamos, muchachos, no hagáis esto. Sed buenos chicos.

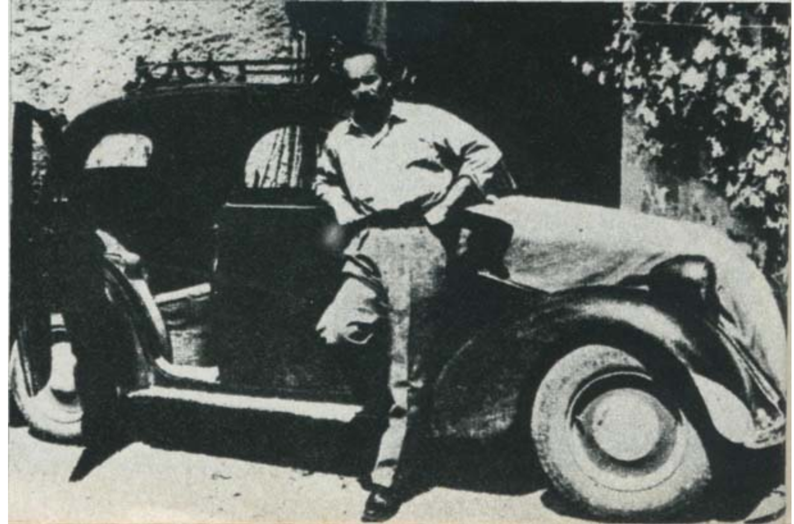
Los dos jóvenes, confusos, salieron apresuradamente y cerraron la puerta, pero permanecieron a la escucha. Poco después oyeron la acompasada respiración del prisionero, que se había dormido. La luz *se* apagó. Al día siguiente, cuando Lia volvió a hacer la cama, descubrió sobre la almohada de Claretta varias manchas pequeñas y oscuras. Lágrimas, Lia está bien segura de ello, ennegrecidas por vestigios de rimmel entre las pestañas. Un llanto sofocado antes de dormirse o en los intervalos de un sueño inquieto, presintiendo su desdicha. En cambio, él debió de haber dormido profundamente toda la noche.

La mañana amaneció clara *y* límpida, con el cielo y las montañas lavados por la tempestad nocturna. Lia De María, que había salido al patio, alzó la mirada hacia la ventana de la habitación y vio que estaba abierta de par en par y que sus dos huéspedes contemplaban el paisaje. Parecían dos turistas; el hombre movía el brazo enhiesto como para indicar a la mujer las montañas del otro lado del lago y decirle sus nombres. Habían dado ya las once. Lia subió para arreglar la habitación de la pareja. Claretta estaba de pie y saludó a la dueña de la casa con una sonrisa; él estaba en mangas de camisa, sentado sobre la cama de cara a la ventana, con el rostro pálido, la barba crecida y los ojos enrojecidos. Lia les preguntó si deseaban comer algo, «cosa sencilla, una polenta, leche, un poco de pan con salchichón».

—Polenta con leche —dijo en seguida Claretta, volviéndose para mirar a Mussolini, como para alentarle a que pidiera lo mismo.

Este murmuró que tanto se le daba y el dueño de la casa subió un cajón para que sírviera de mesa. Lia colocó encima un mantelillo con flores rojas bordadas y una servilleta, y trajo dos platos, una taza y dos vasos. Claretta tomó la polenta con leche, y Mussolini prefirió pan y salchichón hecho en casa. Los dos bebieron agua. El cajón era bajo y los dos comensales, sentados en las sillas de paja, se veían obligados a inclinarse.

Hubo después una larga espera. En el rellano, los dos jovenzuelos luchaban con el sueño que les invadía. De vez en cuan



do, abrían la puerta y cambiaban unas cuantas palabras con Claretta, que les había caído simpática, pero ella no tenía ganas de hablar. En cambio, Mussolini charlaba de buena gana, contestando profusamente i, las preguntas que le hacían los dos muchachos. A Claretta le entraron ganas de dormir y se echó sobre la cama, cubriéndose la cara con la sábana. Las dos. las tres, las cuatro. Sentado sobre la cama, Mussolini contemplaba el lago y los cambios de color que sobre éste imponían las nubes.

De pronto, oyéronse uno? pasos pesados que se acercaban y rumor de armas, la puerta se abrió y apareció junto al umbral un hombre alto, con impermeable ceñido por un cinturón, y un rostro feroz, y detrás de él otros dos individuos armados. El verdugo.

«¿Quiere fusilar a una mujer?»

Pedro regresó a Dongo cuando ya amanecía. No tenía tiempo para retirarse a descansar pues eran muchas las cosas que debía hacer, y hora tras hora esperó que le llegasen órdenes del mando superior, dictaminando el lugar adonde debía remitir los prisioneros, los dos de Bonzanigo y los demás, que en parte habían sido enviados a Germasino, permaneciendo los restantes bien custodiados en Dongo. No imaginaba, nos dice



El negro Fiat «1.100» en el que Mussolini y la Petacci fueron conducidos hacia la muerte por el coronel Valerio (Walter Audisio), el hombre (arriba) que se presentó como «enviado especial del Cuerpo de Voluntarios de la Libertad» con licencia para ajusticiar al Duce.

en sus escritos, que estaban madurándose unos acontecimientos da excepcional importancia que alterarían, completa y forzosamente, sus planes y los de sus compañeros. Alrededor de la una y media le dijeron que había llegado a la plaza un camión cargado de hombres armados y que el oficial que los mandaba quería ver inmediatamente al jefe de la cárcel,. Pedro ordenó que le dijeian que le esperaba en su despacho, pero al oírlo el otro se enfureció y gritó, amenazador, que era oficial del Cuartel general de Milán y que había sido enviado a Dongo con plenos poderes, por lo que era obligación del comandante de aquella zona salir a saludarlo. Pedro se dirigió hacia la plaza y, ante el ayuntamiento, vio a unos quince hombres en formación. Jamás había, contemplado a unos partisanos tan bien trajeados, deslumbrantes con sus flamantes uniformes y armados con unas metralletas que parecían recién salidas de la fábrica. Pensó que los suyos, después de tantas semanas en las montañas, era como si pertenecieran a otro mundo. Ante la formación esperaba su jefe, con gesto ceñudo y actitud arrogante. Presentóse como el coronel Valerio, enviado especial del Cuerpo de Voluntarios de la Libertad. Le acompañaba otro personaje, el partisano Guido (Aldo Lampredi). Este era amigo de Neri y, gracias a ello, pudo asegurar a éste y a Pedro que aquel nervioso individuo pertenecía, efectivamente, al Cuartel General del Cuerpo de los Voluntarios.

Sin perder tiempo, Valerio ordenó a Pedro que le entragase inmediatamente a Mussolini y a todos los demás detenidos; había venido expresamente para ajusticiarlos y tenía órdenes de fusilarlos a todos. Pedro quedó anonadado, pensando en todo lo que había hecho para evitar una ejecución sumaria. Aventuró algunas objeciones, pero Valerio, alzando la voz, le recordó que estaba hablando con un superior. Comprendió Pedro que él era un soldado regularmente encuadrado en un ejército de liberación y que debía obedecer a sus jefes. Puesto que las credenciales de Valerio parecían auténticas a indicaban qua el coronel era, efectivamente, un enviado del Cuartel General, investido con plenos poderes, no le quedó más remedio que obedecer todo lo que éste le mandaba. aunque sus órdenes, escribió Pedro, fuesen absolutamente contrarias a sus sentimientos y a su conciencia.

Valerio se hizo entregar una lista de los prisioneros y, a medida que leía cada nombre en voz alta, anotaba al lado una crucecita negra, Benito Mussolini: ¡a muerte! Clara Petacci: ¡a muerte! Padro se escandalizó:

—¿Quiere fusilar a una mujer? ¡Ella no tiene ninguna culpa!

—No la condeno yo —respondió Valerio, excitado y enfurecido—. Ya está condenada.

Sin querer escuchar razones, siguió señalando caprichosamente a otras quince personas sentenciadas a muerte, en un total de unos cincuenta nombres. Entre los reos apuntó también al capitán de aviación Pietro Calistri, que se encontraba por casualidad en la columna y que se había entregado espontáneamente a los partisanos, lo que causó a Pedro una óptima impresión. Pero Valerio era inconmovible; Pedro lo describe como invadido por un furor homicida. Ordenó que se presentara ante él Marcello Petacci, quien insistía en qua era un cónsul español, y al que Valerio tomaba por Vittorio Mussolini. Lo abofeteó, lo insultó y le mandó que levantase inmediatamente las manos y se colocase de cara a la pared si no quería que le pegase un tiro (y efectivamente le apuntaba con una pistola), y por último ordenó que se lo llevaran de allí y lo fusilasen en el acto. Para ganar tiempo y con la esperanza de que sucediera algo que le permitiese salvar por el momento las vidas de los prisioneros («estaba de acuerdo en que la mayoría de los condenados tenían graves responsabilidades y qua debían pagar por ellas, pero hubiese deseado qua su condena fuese pronunciada por un tribunal legalmente constituido y no de un modo que recordaba demasiado los métodos empleados por los fascistas y que nosotros tanto habíamos vituperado»), Pedro propuso que él mismo iría a Germasino a buscar a los prisioneros, mientras Neri y Pietro se dirigían a Bonzanigo para traer a Mussolini y a la Petacci, y que cuando todos los prisioneros estuvieran reunidos en Dongo, él los entregaría a Valerio librándose de toda responsabilidad. Pero Valerio no dio el brazo a torcer y, acompañado por Guido y Pietro Gatti (otros dicen que también por el capitán Neri), salió apresuradamente hacia Bonzanigo.

(Junto con Valerio, habían llegado a Dongo dos enviados del Comité de Liberación Nacional de Como, que había decidido encerrar a Mussolini y a los jerarcas en las cárceles lócalas para entregarlos a las nuevas autoridades de Milán. Estos dos hombres habían sido enviados con Valerio para oponerse a la intervención de éste, pero debido a las prisas de la partida, ninguno de los dos estaba provisto de credenciales y en Dongo nadie les conocía. Por lo tanto, Valerio no tuvo dificultad alguna en imponerse a ellos, haciéndoles arrestar como sospechosos. Fueron encerrados en el

Quince fusilados

El *muro* que bordea el lago, en la plaza de Dongo, donde el coronel Valerio, cumplida su misión de ajusticiar al Duce, ordenó (abajo) el fusilamiento de quince de los jerarcas fascistas capturados por los partisanos. La barandilla aún conserva los impactos de los disparos.





El muro de la muerte

«En este lugar fue donde murieron Mussolini y Claretta, junto a la tapia, algo a la izquierda de la verja para el que se sitúa enfrente de ella»: eran las 16,20 horas del día 28 de abril de 1945.

Ayuntamiento y puestos en libertad, por orden del propio Valerio, dos horas después de haber partido éste hacia Milán, satisfecho de haber cumplimentado la hazaña del fusilamiento de sus condenados.)

Valerio le dio el tiro de gracia

Creo que, incluso en el futuro, será imposible establecer los detalles de la ejecución de Mussolini y de Claretta Petacci. Aparte de algún pormenor apoyado por declaraciones concordantes, todo este hecho aparece oscuro e incierto. De los tres hombres que participaron en él, en distinto grado, uno, el misterioso Guido (Aldo Lampredi), jamás ha hablado. El otro, el partisano Fietro Gatti, cuya metralleta segó las vidas de Mussolini y de Claretta, tras haber charlado durante los primeros días con sus amigos y con gente del país, no tardó en cerrar la boca. El coronel Valerio (Walter Audisio) ha dado del hecho por lo menos tres versiones distintas y que se contradicen entre sí. El capitán Neri, que, según parece, acompañó a Valerio y a Guido a la casa de Bonzanigo, dijo a alguien que había asistido al acto, pero Valerio no lo nombra nunca y, de todos modos fue muerto poco después. De los dos jóvenes que vigilaron por la noche la casa de los De Maria, Lino falleció al poco tiempo a causa de un misterioso accidente, y en cuanto a Sandrino, al hablar con varios periodistas, dio del acontecimiento una versión totalmente distinta a la de Valerio, después de lo cual desapareció de Italia. Bill, el hombre que arrestó a Mussolini y que en uno de los informes de Valerio es dado como presente en la ejecución, no se movió de Dongo. En el libro que escribió junto con. Pedro no alude en ningún momento al hecho de haber seguido a Valerio, y deja que Pedro ofrezca sin comentarios la versión de los sucesos que éste publicó en *L'Unitá* del 30 de abril de 1945. «Valerio no me reveló ningún detalle acerca de la ejecución —escribe Pedro—, pero en cambio, Pietro, enseñándome la metralleta Mas calibre 7.65 que yo le había entregado en consignación, me dijo: "Esta es el arma que ha matado al tirano".» Otras per-



Día 29 de abril de 1945: en la misma plaza Loreto milanesa que viera, el 10 de agosto de 1944, el fusilamiento de quince patriotas por los fascistas, los cadáveres de los ajusticiados en Dongo —a la derecha, la impresionante foto de Mussolini y Claretta expuestos a la vindicta pública— son colgados boca abajo junto a un surtidor de gasolina. La tragedia ha terminado.

sonas que se jactaron de haber asistido desde lejos a la ejecución, o que han escrito acerca de ella, no parecen dignas de crédito. Los habitantes de Dongo, interrogados inmediatamente después y en los años siguientes a la ejecución por periodistas y estudiosos se han mostrado siempre muy reticentes y casi atemorizados en lo que se refiere a comentar un asunto tan peligroso. El relato que damos a continuación se basa en las fuentes más fidedignas, entre ellas el resultado de las indagaciones efectuadas por el general del Cuerpo jurídico militar Leone Zingales, a quien se encargó la investigación sobre la desaparición del llamado «oro de Dongo», o sea el ingente botín que Mussolini y su séquito guardaban en cajas y maletas y constituido por oro, joyas y monedas italianas y extranjeras por valor de varios centenares de millones de liras. Zingales indicó como autor material del fusilamiento a Pietro Gatti (cuyo verdadero nombre era Michele Moretti), y en unas primeras notas redactadas apresuradamente, escribió: «Valerio condujo a Mussolini y a Claretta, a los que Moretti mató. Valerio hizo de Maramaldo», ya que habría disparado su pistola contra Mussolini cuando ya estaba en el suelo y herido de muerte.

Apareció, pues, el verdugo en la puerta de la habitación donde Mussolini y la Petacci habían pasado la noche. En uno de sus relatos se vanaglorió de haber dicho a Mussolini que había venido para libertarlo, y que éste le creyó con abyecta prontitud. Pero algo en el tono de su voz y en el grosero tuteo que empleó después al dirigirse a Claretta debió dar a entender en seguida a Mussolini que aquella frase no le permitía hacerse muchas ilusiones. Valerio, nerviosísimo, repetía sin cesar: «de prisa, de prisa, acabad de vestiros». Después preguntó: «¿qué buscas?» a Claretta, que revolvía las mantas y la almohada, y cuando ella susurró «las bragas», le ordenó que dejara de preocuparse por ellas, añadiendo, al parecer, un comentario más que vulgar.

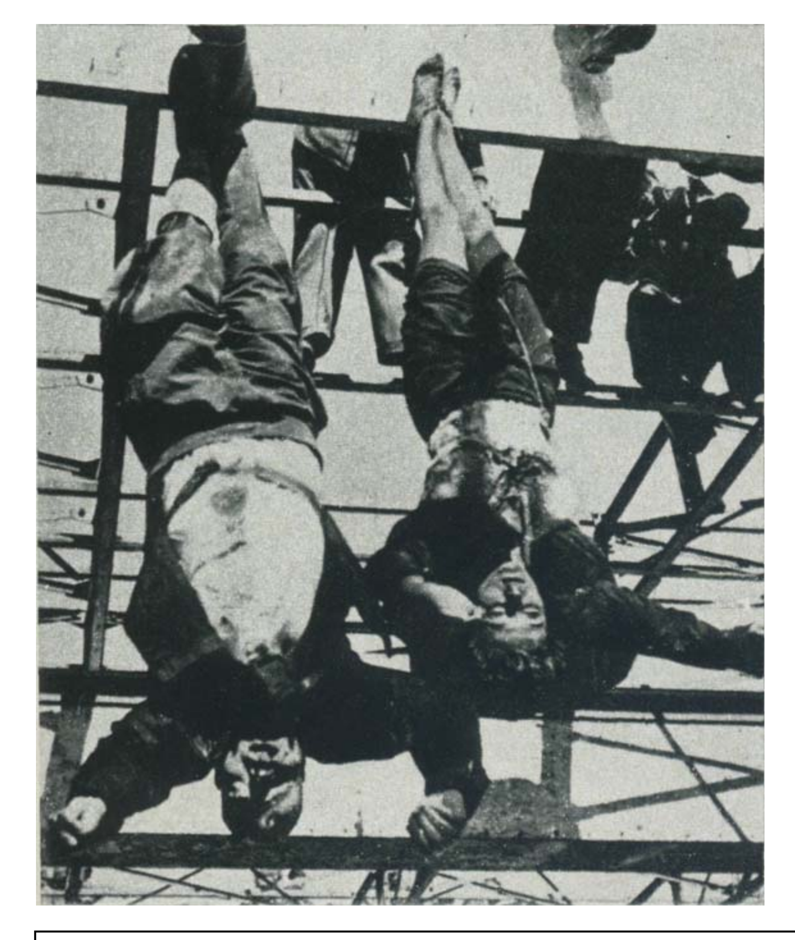
Cuando los vio salir, Lia De Maria se santiguó; sabía ya quiénes eran sus huéspedes de una sola noche y sabía también que no irían muy lejos. El grupo dobló a la derecha, pasando por el caminillo de piedra y por debajo de una oscura bóveda, descendió por una escalinata estrecha y empinada entre las viejas casas de piedra gris y, finalmente, torció a la izquierda, enfilando un camino más ancho. Allí, las casas estaban menos juntas entre sí y, de vez en cuando, a través de alguna abertura podía verse el lago a la izquierda; a la derecha se erguía el monte, con su hierba verde y tierna y sus matorrales floridos. Mussolini caminaba con paso pesado, casi incierto, y ante un palacete señorial vaciló y tuvo que sostenerse apoyando la mano en la pared. Claretta acudió prontamente a ayudarle, pero él se apartó en seguida del muro e hizo el gesto de esquivar el brazo de ella, como si quisiera darle a entender que podía andar perfectamente sin ayuda alguna. Pero Claretta volvió a cogerle por el brazo, estrechándoselo mientras andaban, con el rostro surcado por lágrimas que ya no procuraba ocultar. Así la

vieron vanas personas: una mujer de la ciudad, con un niño, que se cruzó con ellos en la calle; un viejo campesino que regresaba del monte con el cuévano a la espalda; tres mujeres que estaban arrodilladas ante un lavadero... Todos ellos miraron con curiosidad aquella extraña comitiva compuesta por dos hombres vestidos de militar, uno de ellos alto y con un impermeable sobre su uniforme de partisano sin insignias, dos muchachos armados hasta los dientes y, precediéndoles a breve distancia, una mujer hermosa con abrigo de pieles y un anciano con abrigo gris y una gorra de obrero.

Ante el lavadero baja, a la izquierda, una calle que lleva a la carretera provincial, pasando por debajo de un oscuro zaguán. Este camino fue el que tomó el grupo. Ante el zaguán había un automóvil, un Fiat 1.100 negro, con su conductor. Junto a él se detuvo el grupo. Las mujeres del lavadero observaron que el hombre alto del impermeable miraba a su alrededor, con gesto de inseguridad. Vieron también que la elegante joven que había pasado junto a ellas con el rostro surcado de lágrimas, con un rápido movimiento, echaba los brazos al cuello del hombre del abrigo gris. Los dos subieron entonces al coche y se acomodaron en el asiento posterior. Uno de los individuos armados sentóse junto al conductor, y Valerio y Guido subieron a los estribos, dando la espalda a la carretera. El 1.100 partió, y Sandrino y Lino lo siguieron corriendo.

«¿Estás contento de que te haya seguido hasta el final?»

Medio kilómetro más allá, en el valle, la carretera tuerce a la izquierda y, unos treinta metros después, vuelve a describir un recodo. En ese trecho entre las dos curvas hay la tapia de una torre, una tapia de roca viva, con la parte superior de piedra lisa y coronada por un frondoso seto. Donde la tapia forma un ligero entrante, hay un cancel con una verja. En este lugar fue donde murieron Mussolini y Claretta, junto a la tapia, algo a la izquierda de la verja para el que se sitúa enfrente de ella. Cuando fui a visitarlo, en el otoño de 1947, había aún dos toscas cruces en la parte superior de la tapia, trazadas, según me dijeron, por un afilador qua pasaba por allí y que había querido indicar el lugar exacto donde cayeron las víctimas. El propietario de la villa estaba aquella tarde en la terraza, tomando el fresco, con su esposa y dos invitados. Oyeron que se detenía un automóvil junto a la finca y trataron de ver qué sucedía, mirando por encima de la tapia. Pudieron entrever una cabeza de mujer y un gorro militar, pero una voz áspera les gritó desde abajo que se marcharan de allí y se encerrasen en la casa. Entraron en ella asustados, cerraron la puerta y las ventanas que daban a la carretera e inmediatamente después oyeron la descarga.



Ya fuese Michele Moretti, Guido o el chófer del automóvil, lo cierto es que uno de ellos, en los primeros días después del hecho, cuando las lenguas andaban todavía desatadas, explicó a las gentes del lugar, quienes lo repetirían después a los periodistas, que oyó susurrar a la mujer en el momento da apearse del automóvil: «¿Estás contento de que te haya seguido hasta el final?»

Me coloqué en el lugar señalado por las dos cruces para ver qué habían podido contemplar desde allí los ojos de Claretta, aún llena de vida y con los sentidos despiertos. Al fondo, tras una pendiente llena de árboles floridos, el espejo del lago que la brisa rizaba en aquella tarde de abril, un inmenso cielo cubierto por veloces nubes grises entre escasos intervalos azules. Pero, sin duda, ella no tuvo el consuelo de contemplar el lago y el cielo, sino que debió de mirar a aquellas hombres armados, agitados por una pasión vertiginosa y hostil que ellos ni siquiera advertían, que estaban allí para matar, para matar a su hombre. Sólo esto la angustió en los últimos momentos de su vida, y para él fue acaso su último grito: «¡No, él no debe morir!» Pero quizá no tuvo siquiera tiempo para gritar, ya que todo transcurrió con mayor rapidez de lo qua describió el coronel Valerio en sus dos discordantes relatos, repletos de detalles inexactos o inverosímiles. Pocos segundos después de haber colocado a sus víctimas contra la tapia, el coronel Valerio, ¡ya fuese porque se le había encasquillado el arma, ya porque aún no la tuviese encañonada al disponerse, antes de disparar, a pronunciar unas cuantas palabras ampulosas de condena, fue aventajado por la impaciencia del compañero que se hallaba a su lado. Michale Moretti alzó su metralleta Mas 5.20830 calibre 7E.65, con un anillo rojo en el extremo del cañón, y dos ráfagas de derecha a izquierda y de arriba abajo fulminaron a Mussolini en el memento en que éste levantaba el brazo derecho en un gesto defensivo, y a la mujer que, instintivamente, se habían arrimado a él. *PM*

Nota del Digitalizador .- Por las connotaciones antifascistas del texto, recomiendo prudencia a la hora de interpretar los datos ofrecidos en el artículo